

MEMORIAS DEL GENERAL DON VÍCTOR GUARDIA

Entre los papeles dejados por la Comisión de Investigación Histórica de la Campaña Nacional de 1856-57, se encuentra una versión mecanografiada de las Memorias del general don Víctor Guardia, que desgraciadamente queda trunca debido a que le faltan sus dos últimas páginas. Afortunadamente, este importante testimonio fue publicado por don Carlos Meléndez en 1990, en la revista conmemorativa del cincuentenario de la Academia de Geografía e Historia, con notas al pie de don Rafael Obregón. Aquí haremos una transcripción del ejemplar mecanografiado, con el objeto de cotejarlo con el ya publicado. Introduciremos las notas de Obregón, aparte de las nuestras, y en este caso las identificaremos como **RO**. Mis notas al pie van marcadas como **KWN**. Las acotaciones entre corchetes y en negrita en el texto también son nuestras.

Werner Korte N. 13/X/2006.

CAPITULO PRIMERO

Nací el 19 de marzo de 1830 en el pueblo de Bagaces [**actualmente parte de la provincia de Guanacaste**]. Fueron mis padres don Rudecindo de la Guardia y Robles y María Gutiérrez Flores, él originario de Colombia, hijo de don Víctor de la Guardia y Ayala, ella originaria de la provincia de Heredia.

Mi padre vino a Bagaces con mi abuelo que regresó del Estado de Nicaragua por haber cesado en su empleo de la Real Audiencia de Guatemala, puesto que dejó de existir con la Independencia en 1821.

En Bagaces compró “La Catalina”, hacienda de ganado vacuno y caballar.

Vine de tres años de edad a la capital, traído por mis padrinos don Rafael Barroeta y mi tía Rosario de la Guardia de Barroeta.

En San José aprendí mis primeras letras con don Ceferino Rivera, originario de España y que vive todavía en Guatemala. Luego pasé a la Universidad, en donde aprendí la escritura y principios de matemáticas, siendo preceptor don José María Prado, salvadoreño. [**Al margen: También pasé por la escuela de la maestra Rudecinda**]

Era un salón largo en donde los alumnos formaban semicírculos, vigilados por

celadores que se paseaban por el salón. Recuerdo que sobre mesas se colocaban pizarras con arena sobre la cual se escribía con varilla de madera. Fue preceptor otro español, don Luis Planas.

Una vez que aprendí esos primeros rudimentos pasé a hacer mis estudios de latín con don Vicente Herrera, que todavía no era abogado.

Con motivo de los temblores de 1841, mis padrinos se trasladaron a Alajuela, y allí estudié filosofía con don Baltazar Salazar. Pasé luego a Heredia en donde un padre español, Manuel Paul, alias Gavino de Bilbao, había fundado un Colegio¹. Terminé allí mi latín, hice un curso de Historia, otro de Retórica. Más tarde volví a San José a cursar Derecho con don Aniceto Esquivel, profesor entonces. Los ramos que estudié fueron Derecho Natural y Civil. Eran mis condiscípulos, entre otros don Concepción Pinto, don Ramón Loría.

Año de 1834. Era San José en esa época una ciudad reducida, de calles estrechas, sin aceras y con pavimento de tierra. El centro de la población se hallaba alrededor de lo que hoy conocemos como Parque Central, que era la plaza del Mercado², desnuda de árboles. La moneda corriente era el cacao, con la cual comprábamos frutas y melcochas. Los huevos valían 25 por medio; ciento por dos reales. Los edificios principales eran la casa de don Alejandro Escalante, frente a don Pepe Durán; la de don Manuel Alvarado³, con balcón tendido hasta la esquina de

¹ El padre Paul, jesuita, desarrolló amplia actividad política en Guatemala, sobre todo en tiempos de Carrera, por lo que sufrió fuertes ataques por parte de los liberales. Montúfar se refiere a él en varias partes de su *Reseña Histórica de Centro América*. KWN.

² Se llamaba la Plaza Mayor y muchos años después se convirtió en Parque. En 1869 se colocó en su centro una hermosa pila, que trajo de Europa don Francisco María Iglesias, y que conmemoraba la inauguración de la cañería de San José. Actualmente se encuentra esta pila frente al edificio de la Biblioteca de la Universidad de Costa Rica en la Ciudad Universitaria. En 1870 se colocó la famosa verja de hierro que duró allí muchos años. RO

³ Propiedad donde luego estuvo el cine Palace, actual pizzería Papa John's. En ese entonces era denominada La Contigua y de ella quedan varias fotografías tomadas en la década de 1870. Don Rafael Obregón señala que allí el señor Alvarado tuvo una casa de comercio, y que pasó a ser conocida como "La Contigua" cuando en ella se instaló la cocina del Cuartel Principal. KWN.

Alfaro⁴, entre esta y el Cuartel Principal⁵; la de don Manuel Fernández⁶, que está frente a la Botica del Comercio donde estuvo después la librería de Ureña; la del padre Blanco⁷ donde está hoy la ferretería de Rodríguez; la del padre Vicente Castro⁸, donde viven ahora las señoritas Carazo⁹; la de don Félix Bonilla¹⁰, donde hoy está la tienda de Romero; la de don Antonio Pinto¹¹, esquina opuesta al Carmen; la de don Juan Salazar¹², donde hoy está Steinvorth; la casa de don Juan Mora (el viejo)¹³ donde está el almacén de Juan Hernández (sucesión); la Catedral, en su lugar actual¹⁴; la Merced¹⁵; los Almacenes de tabacos donde hoy está la Artillería¹⁶ edificio de piedra

⁴ Donde hoy se halla un restaurant de Kentucky Fried Chicken, y donde estuvo durante muchos años la Soda Palace. Don Rafael Obregón anota que la “. . . tienda de 'los Alfaro' (don Jesús y don Telésforo Alfaro)”, era “famosa entre las gentes del pueblo. . . y antes estuvo allí la tienda de Salazar y Montealegre (de don Antonio Salazar y don Mariano Montealegre). La división de las propiedades aún se mantiene, como es el caso de muchos otros lotes ubicados en el centro de San José. KWN.

⁵ Actual Teatro Melico Salazar. Anteriormente se ubicó allí la Escuela Juan Rafael Mora. KWN.

⁶ La casa de don Manuel Fernández Chacón (padre de don Próspero Fernández) estaba donde hoy se encuentra el hotel Royal Dutch; perteneció luego a su viuda doña Dolores Oreamuno. RO. Esquina suroeste de la intersección entre la avenida central y la calle central. Durante muchos años allí estuvo el Diario de Costa Rica. KWN.

⁷ Presbítero don Julián Blanco. RO.

⁸ El presbítero Vicente Castro, el famoso padre Arista, fundador de La Tertulia, escritor, político, intelectual. RO.

⁹ Las hijas de don Manuel José Carazo, cuya casa estaba donde estuvo la Ferretería Macaya. RO.

¹⁰ Famoso personaje, padre entre otros, de don Juan José, don Juan Diego, don Manuel Antonio y don Juan Bautista. Suegro de don Joaquín Mora Fernández y de don Miguel Guardia Robles. RO.

¹¹ El general don Antonio “Tata” Pinto, donde por muchos años estuvo el Almacén Luis Ollé, diagonal a la iglesia del Carmen, hoy propiedad del Banco Nacional de Costa Rica. KWN.

¹² Entiendo que era el suegro de don Vicente Aguilar (diagonal a la antigua Librería Española). RO. Avenida central, calle 1a. Diagonal a “Wendy's”. KWN.

¹³ Donde hoy está la Librería Lehmann. RO.

¹⁴ Entonces era un edificio muy distinto; el aspecto actual data de 1877. La historia de la reconstrucción de la catedral está con detalles en el libro de Monseñor Sanabria “La Primera Vacante”. RO.

¹⁵ Esta iglesia estaba en la Plaza de la Artillería, en la esquina suroeste (diagonal al Banco de Costa Rica). Allí estuvo hasta los temblores de 1888, en que se dañó mucho y hubo que cerrarla. RO. Se refiere a la antigua iglesia ubicada en la esquina de la calle cuarta y la avenida central actuales. KWN.

¹⁶ Frente a la actual tienda de Scaglietti. Id.

de media manzana de extensión; la Universidad¹⁷, el Cuño, como está hoy¹⁸; la casa de ñor Arrieta, donde está la Botica Francesa¹⁹ la de don Juan Bonefil, cuadra y media al Oeste del Parque Central, av. 7a²⁰; donde yo vivía en la época del 41 (era la casa de Knohr) era una casa situada en donde hoy está la de Knohr²¹; otra casa importante era la del padre Madriz, situada en donde está hoy el Hotel Roma²²; la de don Mariano Montealegre, esquina opuesta al Imperial²³ y por último la casa de Gobierno, donde hoy está el Palacio Nacional. Entre los Almacenes y el Palacio estaba la Corte de Justicia²⁴.

El Cura Madriz, de carácter alegre, ha dejado recuerdos duraderos en las familias más distinguidas de la Capital.

1841. Era presidente de la República²⁵ don Braulio Carrillo. Hombre emprendedor, se propuso el doble progreso de su país: el material y el moral. Persiguió la vagancia e impulsó el progreso de la agricultura; era obligatorio el cultivo de dos manzanas de terreno; quien contraviniera la ley era declarado vago y por lo tanto estaba condenado a vivir en Matina. Este era también el lugar de confinamiento de las mujeres públicas. Bajo su administración las calles se ensancharon y se legisló sobre construcciones. En todo se manifestaba su afán de

¹⁷ Donde estuvo el Banco Anglo, diagonal al Teatro Nacional. Id. A la calle que pasa por el frente (Avenida 2a) se le llamaba Calle de la Universidad. RO.

¹⁸ Esquina del edificio viejo del Banco Nacional, calle cuarta, avenida primera. KWN. Era una construcción salida de línea, de ventanales guarnecidos con barras de hierro y llegaba casi hasta la media cuadra. RO.

¹⁹ Don Francisco Arrieta, en la esquina suroeste del Parque Central (diagonal donde hoy está el Banco Crédito Agrícola de Cartago). Esta casa tenía una tapia hacia la Plaza mayor, y junto a esa tapia fue fusilado Morazán en 1842. RO. [Morazán fue fusilado aproximadamente frente a la entrada de la actual Joyería Michael. KWN]

²⁰ Correspondiente a la antigua numeración de las calles, no a la actual. KWN.

²¹ En este edificio estuvo la antigua Librería Española. RO.

²² Presbítero Juan de los Santos Madriz. Su casa estaba situada cien varas al norte del Hotel Royal Dutch, Calle Central, Avenida 1a. RO.

²³ Don Mariano Montealegre era uno de los hombres más ricos del país, y padre del Dr. José María Montealegre, que después fue presidente de la República. Su casa estaba frente al Palacio Nacional, donde hoy está Radio Monumental. RO.

²⁴ Frente al Almacén Scaglietti (donde hoy está el Banco Central). RO. Yo la ubico un poco más al sur, frente a los dos edificios que siguen en esa dirección, en uno de los cuales está un negocio de "Taco Bell". KWN.

²⁵ Debería decirse Jefe de Estado. RO.

progreso, pero era hombre sanguinario²⁶. No sólo fusiló por motivos políticos, sino también por causas injustificadas, como delaciones de esbirros, como sucedió con don Feliciano Acosta.

Era este señor un hombre acomodado a quien en la época de la coalición de las tres provincias centrales contra San José, tomaron para el servicio un caballo. Deseoso de resarcirse solicitó entrevistas del señor presidente, las cuales le fueron negadas. Yendo el señor Carrillo a visitar una finca suya contigua de otra del señor Acosta, éste aprovechó la oportunidad de hablarle. Llevaba Carrillo un compañero, Timoteo Valverde, que insinuó al presidente la sospecha de que Acosta deseaba asesinarlo. Poco rato después de llegados a la Capital, el señor Acosta fue llevado a una cárcel, en donde se le presentó a un padre que debía confesarlo porque iba a ser fusilado. El señor Acosta, vuelto loco, fue victimado tres horas después²⁷.

Actos como este influyeron en los ánimos de los principales del país para llamar a Morazán²⁸.

Era Carrillo hombre de baja estatura, grueso, de mirada inteligente en la que se revelaba la energía de su carácter. Una vez se sublevó el Principal, a instigación del mayor Jiménez y con sólo su presencia fracasó el motín.

Había dado preferencia a la organización del ejército. Lo tenía bien

²⁶ No creemos que Carrillo fuese hombre sanguinario. Don Ricardo Fernández Guardia en su estudio “Carrillo Intimo”, publicado en el libro “Cosas y Gentes de Antaño”, ha demostrado que don Braulio poseía, y en su decir “era caritativo, abnegado, marido modelo, excelente padre de familia”. RO.

²⁷ Respecto a la ejecución de don Feliciano Acosta, leemos lo siguiente escrito por el Dr. Lorenzo Montúfar, enemigo acérrimo de Carrillo: “Carrillo publicó papeles en su destierro que fueron contestados severamente . . . Entre estos papeles figura en primer lugar uno firmado por don Félix Mora. No se inserta ni aún como documento justificativo porque es demasiado virulento. En ese papel se hace cargo a Carrillo del fusilamiento de Acosta, de los sargentos Gregorio Chaves y Silverio Padilla, de Manuel Dengo y de un alcalde del pueblo de Ujarraz. En ese papel se encuentran estas palabras: El 28 del mismo mes y año, hace el señor Carrillo llamar a Feliciano Acosta: este acude a casa de aquél y al entrar se le echan encima varios soldados apostados a este fin, y le conducen al patíbulo sin que hubiese precedido juicio ninguno, siendo fusilado sin tardanza. El señor Carrillo para cohonestar tan horrible atentado, reúne la tropa en la plaza y anuncia que ha ejecutado a Acosta, porque este tenía celebrado un pacto con el diablo, como lo comprobaban unos papeles que mostró en su mano, y aseguró haberlos sacado de las bolsas de aquél”.

Lo anterior lo transcribo a título de curiosidad. Lo cierto del caso es que aquí se había aprobado una ley que decía: “Todo el que atente contra la persona del Jefe del Estado con el designio de prenderlo, maltratarlo o herirlo, es traidor y será condenado a la pena de muerte”. Carrillo quedó muy creído con el dicho de que Acosta trataba de asesinarlo, y le aplicó esa ley. Desde luego es del todo censurable que no hubiera abierto información previa para probar el cargo. (Según Félix T. Hidalgo esto ocurrió en febrero de 1841). RO.

²⁸ Según he oído decir, los que llamaron a Morazán fueron los señores Escalante, don Rafael, don Juan Vicente, don Alejandro, don Ceferino, enemigos acérrimos de Carrillo. Esto explica la intervención del coronel Bermúdez, cuñado de los Escalante, que le prestó dinero a Morazán para armar la expedición.

acondicionado, con instructores en todas las planas. Alcanzaba a unos cinco mil²⁹ hombres con buen armamento, fornituras (caites, etc.) Es posible que abrigase algún proyecto importante que de otro modo no se explica aquella preferencia, salvo el caso en que él creyera eso necesario para sostenerse. **[Al margen: Aceptó en el ejército militares procedentes de las tropas de Bolívar]**³⁰

Vicente Villaseñor, salvadoreño, fue jefe del ejército que salió a combatir a Morazán, en favor del cual se pronunció en el Jocote.

Vivía Carrillo en la Calle 19S, entre 7a y 8a. Avenidas. Era su vida modesta. (Casa de los Aguilar)³¹

En su tiempo el comercio se hacía cargando unas mulas con piedras de mollejón, cajetas, pan dulce tostado que iban vendiendo por el camino hasta llegar a Liberia. Los mollejones los llevaban hasta Chinandega en Nicaragua, de donde traían el algodón en rama para tejerlo aquí. **[Al margen: El tabaco chircagre sirvió de fuente primordial de la riqueza pública. A Panamá se llevaban mulas y cerdos por tierra y de allá se traían zarazas, lino, pañuelos. De Guatemala traían ropa de lana y cortes de guajaca³², género de lana que servía para vestidos de mujeres. Eran telas de colores. La ropa interior la tejían las mujeres con huso y rueca; había telares manejados por hombres]**

A pesar de tanta pobreza, la labor de Carrillo alcanzó a reunir economías que le permitieron satisfacer la deuda federal, y cuando llegó Morazán había un depósito que subía a cien mil pesos. Entró pobre a la presidencia y salió pobre de ella.

Murió Carrillo asesinado por un hombre llamado el Diablo Colorado, Salvadoreño³³.

Morazán, a su llegada, fue bien recibido por la generalidad.

²⁹ No creo que nuestro ejército tuviera 5.000 hombres. RO. En tiempo de paz, ciertamente es difícil que los tuviera, aunque este número puede incluir las milicias, que por no estar acuarteladas podían alcanzar un gran número, o el total de personas en edad de empuñar las armas. KWN.

³⁰ ¿Cuáles eran los militares que procedían de las tropas de Bolívar?. RO. Este es un punto interesante. Cabe indicar, eso sí, que en nuestro archivo tenemos el borrador del primer reglamento que se hizo para la recién independizada “Provincia de Costa Rica” (prueba de que es un documento anterior a la Federación, establecida en 1824), y este reglamento tiene como modelo el ejército de Bolívar. KWN.

³¹ En la numeración actual, la casa de Carrillo quedaba en Calle 4a, entre avenidas 2 y 4, o sea, del Diario Extra, cincuenta varas al norte. KWN.

³² Procedentes de Oaxaca, en México. KWN.

³³ Domingo Lagos, alias Diablo Prieto [que significa “negro”, no colorado. KWN], asesinó a don Braulio Carrillo el 15 de mayo de 1845 en un despoblado cercano a la villa de Sociedad, en El Salvador. RO.

Sus exacciones, los actos de vandalismo de sus oficiales, sus contribuciones y la manera de hacerlas efectivas, todo contribuyó a hacer odiosa la presencia de Morazán en Costa Rica.

El acto de levantar un ejército de cinco mil hombres³⁴, poco más o menos, exacerbó los ánimos y fue lo que más influyó para que se verificara el levantamiento contra él.

El general Morazán comenzó por enviar doscientos o cuatrocientos hombres a Nicaragua. Estaban todavía en Alajuela cuando se pronunciaron doscientos soldados que se hallaban en el Cabildo de San José listos para salir. El Cabildo estaba situado en una casa en donde ha estado por mucho tiempo la caballeriza de Gutiérrez³⁵. Morazán se sostuvo tres días en la capital; mas viendo que el movimiento era irresistible, creyó conveniente romper la línea de sitio y se fugó tomando el camino de Cartago. Un amigo suyo, Pedro Mayorga, que le ofreció darle asilo, fue el que lo entregó. Fue fusilado en la plaza principal, hacia el lado del kiosco³⁶. Allí mismo fue fusilado Villaseñor.- Saravia, Ministro de Morazán, se envenenó. **[Al margen dice: Domingo Carranza fue uno de los que recorriendo las filas de los soldados les aconsejaba que pidieran la cabeza de Morazán. El carácter de Domingo era sanguinario. Regularmente pedía la última pena en sus dictámenes de auditor de guerra]**

Sucedió a Morazán don José María Alfaro. Don Florentino Alfaro, hermano suyo, comandaba las fuerzas que venían de Alajuela y que dieron el triunfo contra Morazán.

Los jefes del movimiento en San José fueron don Antonio Pinto, don Luz Blanco y el padre Gutiérrez³⁷, hermano de mi madre.

Con el señor Alfaro se inaugura la serie de gobiernos pacíficos de la República³⁸.

³⁴ Me parece también exagerado el dato. RO. Igual que antes, no es que los tuviera, sino que pensaba llegar a estructurar una fuerza de ese tamaño con el tiempo, para volver a unir a Centro América. KWN.

³⁵ El Cabildo estaba de lo que es hoy el Hotel Costa Rica, cien metros al norte. RO.

³⁶ En la esquina suroeste de la Plaza. RO. Contra la tapia de Arrieta. KWN.

³⁷ El presbítero Manuel Gutiérrez, muerto en Esparza el 2 de marzo de 1850. Este sacerdote había sido enemigo político de Carrillo y en 1835 este lo desterró. RO.

³⁸ ¿Qué entendería el señor Guardia por gobiernos pacíficos?. RO.

Alfaro era hombre de mediana inteligencia, de carácter mediocre.

Sucedió a Alfaro don Francisco María Oreamuno. Negóse a aceptar el cargo de presidente de la República³⁹, cuando después de pocos meses de ejercer esa Magistratura, comprendió que parte de las fuerzas no le eran afectas. No tenía gran apetito por los puestos de honor.

En 1847 el Doctor don José María Castro fue elevado a la presidencia de la República⁴⁰. Hizo un gobierno liberal y progresista. Dio gran importancia al fomento de la enseñanza primaria. En Alajuela, Juan Alfaro Ruiz intentó una revolución pretextando que el Dr. Castro quería desarmar a la provincia. Antes había intentado hacerla Francisco Aqueche, detrás del cual se hallaba don Florentino Alfaro. Aqueche capituló en Poás. Decíase que había recibido dinero del Dr. Castro. Legitimaba esa presunción el hecho de que antes no se le habían conocido bienes y luego compró en Puntarenas **[un]** establecimiento de licores. Era salvadoreño. Con la revolución de Alfaro murió bastante gente en Alajuela. Se defendieron en la Iglesia de las fuerzas enviadas de San José.

CAPITULO SEGUNDO

Un pronunciamiento del cuartel dirigido por don Juan Rafael Mora, quien era designado, desconoció al Dr. Castro⁴¹. Interinamente tomó el mando y luego se hizo elegir constitucionalmente. (?)

La primera administración no ofrece nada de particular, comparada con la segunda. Trató de mejorar las vías de comunicación. Debía terminar el período en el 54⁴². El se hizo reelegir, por primera vez, con menos agrado que en la primera ocasión. Las gentes principales se habían alejado un tanto del señor Mora. **[Al margen dice: La administración de las rentas nacionales la hacía el señor Mora con la misma preocupación que había tenido para manejar las suyas. (De las nacionales se sirvió para pagar a sus peones). Era administrador de rentas don Martín Chavarría, que adoraba a Mora. Se dijo que al hacer la revolución el señor Mora se hallaba mal de negocios]**

Había comenzado el desprestigio del presidente cuando apareció la invasión de

³⁹ Jefe de Estado. RO.

⁴⁰ Debería decir Jefatura del Estado. RO.

⁴¹ Esto confirma una vez más que el Dr. Castro cayó en su primera administración por un golpe de estado, cuyo autor fue el general José Manuel Quirós. RO.

⁴² En 1853. RO.

Walker en el Guanacaste, el año 1856. Tuvo este hombre el gran mérito de haber afrontado la responsabilidad de la guerra contra la opinión de la mayoría de los hombres reflexivos del país. Si esta acción no se hubiera llevado a término, algunos meses más tarde no habría sido posible arrojar a los filibusteros del territorio centroamericano.

Durante el desarrollo de la guerra hubo numerosos desaciertos debido a la inexperiencia de los dos generales encargados de dirigir el ejército en campaña. No se disponía en los lugares convenientes los depósitos de vituallas y más de una vez se comprometió la existencia de los soldados, únicamente por impericia.

Dos cañonazos disparados a las seis de la mañana del día 2 de marzo fueron bastante para que cuatro horas después hubiese en la plaza más de cuatro mil hombres reunidos; todos deseosos de marcharse a la guerra.

Más como estaba dispuesto que sólo dos mil quinientos soldados formarían el ejército en campaña, hubo necesidad de elegir, entre aquella muchedumbre, a los hombres que con menos lazos se hallaban atados a su hogar. Los demás se alejaron con el sordo resentimiento del que ve rechazados sus ofrecimientos nobles. Jóvenes de las más distinguidas familias se alistaron como oficiales del ejército. La capital quedaba desolada. La marcha hasta Liberia, comandada por los dos generales Mora, se hizo con precipitación tal, que fue una sorpresa para Walker, jefe de la invasión, saber que las tropas costarricenses se hallaban en Liberia, cuando él mandaba al húngaro Schlessinger a tomar posesión de esta ciudad.

En ella se terminó la organización de nuestro ejército. Autorizado por la orden del día, me cupo el honor de mandar la revista general del ejército, siendo yo entonces capitán. Se dispuso en seguida que partieran dos batallones: el Guardia y el Alajuela.

Constaba el Guardia de 500 artesanos de San José y 100 lanceros liberianos bajo el comando del entonces coronel Lorenzo Salazar, a las órdenes del general don José Joaquín Mora.

Al día siguiente de haber salido el Guardia, 19 de marzo, salió el batallón Alajuela, compuesto de 500 alajuelenses, bajo el comando del mayor don Juan Francisco Corrales y a las órdenes del general don José María Cañas, de cuyo estado mayor era yo primer ayudante. Este mismo general, cuando se organizó el ejército, me nombró comandante de un batallón, pero los generales Mora, aconsejados por sus antipatías políticas que entre nosotros eran marcadas, se opusieron a mi nombramiento.

Además del camino directo para llegar a Santa Rosa, había otro por el Pelón. El Guardia tomó este; el directo lo tomó el Alajuela. El día 20 de marzo, el Guardia salió del Pelón y después de haber caminado dos o tres leguas alcanzó el lugar donde se bifurca el camino que viene de la frontera al Pelón y a Santa Rosa. Encontraron allí a un filibustero rezagado que indicó a los nuestros que los suyos habían tomado el camino de Santa Rosa, lo cual estaba confirmado por las huellas. Se ordenó en consecuencia la contramarcha para tomar el camino de Santa Rosa, en donde los nuestros sorprendieron al enemigo que no los esperaba en aquella dirección.

Antes de dar principio al ataque se dispuso que una guerrilla, al mando de los capitanes Manuel Quirós y José María Gutiérrez, rodeando un cerro situado al norte de Santa Rosa, fuese a ocupar el camino de la Chacona, único por el cual podrían huir las fuerzas enemigas. La compañía de lanceros, que habría podido servir para este objeto, había recibido orden de formar en batalla, frente a la casa de Santa Rosa, en el momento en que el batallón se arrojara en columna cerrada contra las cercas de piedra y la casa en donde estaba atrincherado el enemigo.

Todo esto se ejecutó con la mayor audacia. Pronto los nuestros, tras una carga a la bayoneta, quedaron dueños de los corrales, y los enemigos que no se retiraron al interior de la casa, escaparon por el camino de la Chacona, pues los capitanes encargados de guardarlo, atacaron directamente la casa y se expusieron no sólo a los fuegos del enemigo, sino también al de los nuestros. Ambos capitanes cayeron mortalmente heridos cuando trataron de saltar al corredor de la casa. Tuve después oportunidad de ver a un cabo de la guerrilla mandada por los citados capitanes herido en un muslo por una bala de nuestros rifles⁴³. Las balas del enemigo eran mucho más pequeñas.

El húngaro Schlessinger, admirando la uniformidad y la audacia del ataque, dijo en Nicaragua a su jefe, después del desastre, que había sido derrotado por tropas francesas, porque sólo ellas se batían de igual modo⁴⁴.

⁴³ Podría tratarse, no de una bala de rifle, sino de mosquete, pues si bien los costarricenses llevaban rifles que disparaban balas Minié, estas armas estaban en minoría, ya que sólo 515 habían sido adquiridas en 1854, mientras que el resto de los soldados portaba mosquetes de chispa Brown Bess, del Tercer Modelo. Ciertamente, mientras que los rifles de esa época tenían un calibre que oscilaba entre 45 y 50, el Brown Bess era calibre 75 (tres cuartos de pulgada). Si bien entre los filibusteros hubo variedad de armamento, su principal rifle era el Jawgar-Mississippi modelo 1851, calibre 54, arma que, en su modelo de 1844 había mostrado su valía en la guerra con México, entre 1846 y 1848. KWN.

⁴⁴ Aparte de que nuestros uniformes tenían origen francés, pues los de los oficiales seguían ese estilo, nuestras tácticas se basaban en las utilizadas durante las guerras napoleónicas, pues para la instrucción se utilizaba una serie de textos escritos por veteranos de dichas guerras, tales como el tratado de puntería de Jacquinot. Schlessinger debió advertir todo esto, y quizás se dejó engañar por las apariencias, lo que al final le sirvió para justificarse. KWN.

Por nuestra parte, los del batallón Alajuela, pernoctábamos en “Los Ahogados”, en el camino de Santa Rosa, cuando hacia la media noche llegó Felipe Ibarra con la noticia de la toma de Santa Rosa por el batallón Guardia.

En la madrugada del siguiente día nos dirigimos hacia el Pelón, porque tuvimos conocimiento de que el general Mora se había encaminado allá. Aquí se descansó por espacio de dos o tres días. Luego regresamos con los heridos y los prisioneros a Liberia. Aquí dispuso un Consejo de Guerra que veinte filibusteros fuesen pasados por las armas. Pude lograr que un corresponsal de un periódico, un joven, no fuese fusilado⁴⁵. El acto no honra al Sr. presidente Mora. Su hermano don José Joaquín Mora había dado su palabra de honor a los prisioneros de que no serían fusilados. Tuve la pena de mandar al ejército ese día para que presenciara un fusilamiento contra el cual me había opuesto vivamente, haciendo ver al Sr. presidente que era impolítico, porque alejaría a los filibusteros y porque por otra parte el hermano del Sr. presidente había empeñado su palabra, como general en Jefe del ejército, palabra que era ley⁴⁶. Del grupo de filibusteros condenados a la última pena uno me reconoció, porque delante de mí el general José Joaquín Mora había prometido que no se les fusilaría, y me rogó que hablase con el Sr. presidente. Lo hice y me respondió que los filibusteros estaban fuera de la Ley en todo el mundo.

[En la versión publicada por la Academia Costarricense de Historia, y anotada por don Rafael Obregón, dice: Los nicaragüenses aseguraban a Walker que los costarricenses eran mucho menos valientes que ellos]

⁴⁵ Se trata de Philipp Toohey. Este individuo regresó a los Estados Unidos, donde comenzó a hablar sobre la barbarie y la crueldad de los costarricenses, y de que había logrado escapar a la muerte gracias a su audacia. Sin duda padecía de amnesia selectiva, pues no parecía recordar la barbarie y la crueldad de los de su propio bando, quienes, apenas habían ingresado a territorio nacional, mataron a quienes custodiaban el puesto fronterizo, mujeres incluidas. Meses después regresó a Nicaragua y se reincorporó a las fuerzas de Walker. En Granada fue hecho prisionero nuevamente, y el general nicaragüense Tomás Martínez en un primer momento lo perdonó, pero para su mala suerte había unos costarricenses en el sitio, quienes lo reconocieron y le hicieron saber a Martínez de quién se trataba, por lo que éste hizo que lo ejecutaran en el acto. KWN.

⁴⁶ Los filibusteros fusilados en Liberia a las cuatro de la tarde del 25 de marzo de 1856 eran: Santiago Salomon, irlandés, John Perkin, romano [supongo que se trata de otro irlandés, que en vez de indicar su nacionalidad dio su religión, por haber entendido mal o por creer que esto podría salvarle. KWN], Andrew Constantino, de la isla de Samos, Manuel Grego, de la isla de Corfú, Theodore Lidecker, norteamericano, Henry Dun, irlandés, Edward Rich, irlandés, Isaac A. Rose, norteamericano [posiblemente judío, KWN], Heinrich Johsieder, alemán, Peter Ryme, irlandés, John Guillin, norteamericano, Phillip Johmit, irlandés, James Hollern, irlandés, Antoine Bornu, francés, Wilhelm Weiss, prusiano, David Koock, alemán [estos últimos posiblemente eran inmigrantes judíos. KWN], Francisco Narváez, panameño, Theodoro Heinig, prusiano. A Philip Egan Toohey el general en Jefe le conmutó la pena de muerte por la de presidio. RO

Una vez acumulados los víveres, marchamos al Sapoá. En este lugar nos fue preciso permanecer varios días, porque los víveres iban retrasados. En veinte mulas se pretendía conducir todos los víveres para 3000 hombres. Estando aquí se tuvo noticia de que un buque filibustero había arribado a “El Potrero” y en la creencia de que desembarcaría sus tropas en el puerto de Culebra para atacar a Liberia, salió el batallón Alajuela el mismo día, a las seis de la tarde, a las órdenes del general Cañas. En quince horas avanzamos dieciocho leguas⁴⁷, a pesar de que los soldados tenían ya tres días de recibir menos de media ración.

Llegado que hubimos a Liberia se supo que era un buque carbonero de la Compañía de tránsito ordinario y tras un descanso de tres días, regresamos para incorporarnos al grueso del ejército. Este, entre tanto, había seguido a Nicaragua, sin llevar víveres bastantes para su alimentación. Los nicaragüenses aseguraban a Walker que los costarricenses eran mucho menos valientes que ellos. A Nicaragua llegamos nosotros dos días después, el diez de abril, a las nueve de la noche, cuando concluía la retreta.

A consecuencia de la mala alimentación se desarrolló un colerín que no produjo ninguna baja. La salud del ejército siempre fue buena, hasta la aparición del cólera.

11 de abril

El día 11 de abril me levanté muy temprano, me bañé con toda tranquilidad y vestí el uniforme de gala para salir a buscar una casa en donde me dieran una taza de café, porque no había comido en todo el día anterior.

[Al margen. Uniforme: Pantalón azul con franja roja. Levita azul con presillas de Capitán. Espada con borlas que ostentaban los colores de la nación. El soldado llevaba: pantalón de cualquier clase, camisa, y chaqueta los artesanos. Esto es, no había uniforme. La divisa era una cinta roja en el sombrero]

Cuando salí a la calle observé que venía corriendo un hombre, en quien reconocí luego a un señor Padilla. Entré a la casa del estado mayor general, situada frente a la que ocupaba el estado mayor del general Cañas y venía a avisar que “se acercaba el enemigo”. “Seguramente su mujer está de parto y eso le trae tan espantado”, le replicó don Luciano Peralta, al mirar la cara asustada del señor Padilla, a quien no quedó otro recurso que salir mohino de aquel lugar. Al salir Padilla añadió: “no me quieren creer, véanlos, véanlos”. . .

⁴⁷ A cuatro kilómetros por legua, resultarían ser 72 kilómetros, cosa que es imposible para la infantería, más aún en las condiciones en que Guardia relata que se hallaban . KWN.

No era aquello de extrañar. La noche anterior los espías habían dado aviso de que el enemigo se hallaba a dos o tres leguas de Rivas; y para encontrarlo se había enviado al batallón Guardia, al mando del mayor Clodomiro Escalante, por el camino de Granada. El enemigo, habiendo hecho un rodeo, se presentó repentinamente por el lado conocido con el nombre de las “Cuatro Esquinas”, sin que nadie lo advirtiese; porque, por impericia de los jefes, no se habían organizado las avanzadas⁴⁸.

Fácilmente, por lo tanto, los filibusteros pudieron tomar posiciones en el “Mesón”, el “Cabildo”, la casa de Colt y las otras del contorno de la Plaza.

En este mismo momento el coronel Machado, cubano, al mando de tres o cuatrocientos leoneses, aliados de Walker, atacó el cuartel que era nuestro depósito de parque, defendido por el capitán Rojas. El cual, creyendo que se trataba de nuestros soldados liberianos, pues traían nuestras mismas divisas, los dejó acercarse hasta la puerta del cuartel, frente a la cual el capitán cubano gritó: ¡Viva Walker!. El capitán Rojas dio muerte al cubano, cuyo caballo también fue muerto por el centinela.

[Al margen: El mayor Escalante tuvo miedo y se quedó oculto en un solar. Los capitanes de las Compañías dirigieron el movimiento]

El batallón Guardia, que acababa de salir de la ciudad, en cuanto oyó el tiroteo contramarchó y vino a caer por la retaguardia sobre los leoneses, a los cuales puso en vergonzosa fuga, después de haberles causado 20 bajas.

El general Mora mandó al capitán Marín con quince o veinte hombres y un cañón de campaña a que atacase la plaza. Este ataque era ridículo y lo explica la impericia de quien lo mandaba. El capitán Marín marchó por las calles vecinas al Cabildo y al Mesón, en poder de los filibusteros, como dije antes. El enemigo hizo un fuego nutrido de ambas partes, de modo que todos los soldados cayeron muertos o heridos. El mismo capitán regresó herido dejando abandonado el cañón y el avantrén, de todo lo cual se apoderó el enemigo. Desde el zaguán de la casa en donde habían metido el cañón, los filibusteros continuaron barriendo las guerrillas que

⁴⁸ Esto constituye un rasgo usual en el modo de operar de los ejércitos latinoamericanos de esa época. Militares extranjeros que pelearon en América Latina usualmente reprochan este descuido a los militares de la región. En el libro “Gringo Rebel”, de Ivor Thord-Gray, que traducimos hace varios años y que trata de la campaña de 1914 en la Revolución Mexicana, a menudo se refiere a esta mala costumbre de nuestros militares, que les ocasionó derrotas a menudo vergonzosas. Una de estas es la forma en que los norteamericanos texanos de Sam Houston sorprendieron dormidas a las fuerzas del general don Antonio López de Santa Anna, y lo capturaron a él mismo, en San Jacinto, Texas. De hecho, en muchos aspectos, los sucesos de Santa Rosa y Rivas parecen una repetición de El Alamo, Goliad y San Jacinto, aunque, por un estrecho margen, el resultado final del combate de Rivas fue diferente. KWN.

sucesivamente se mandaban por la misma calle⁴⁹.

Recibí órdenes de apoderarme del cañón con media compañía de cuarenta y tres soldados y un oficial, un tal Ureña de la Puebla⁵⁰ de San José.

Tomada mi gente, di orden de avanzar y al desembocar a la misma calle ordené abrir filas por derecha e izquierda y hacer fuego por hileras, avanzando. Por mi parte animaba a los soldados, yendo de una a otra hilera, porque ellos, bajo los fuegos del Cabildo y del Mesón, se guarecían tras las ventanas voladas de la calle.

En ese orden llegué a la esquina del Mesón en donde había un fortín y una línea de fortificaciones construida anteriormente. Comprendiendo que era indispensable apoderarme de todo esto, puesto que una vez ocupado por el enemigo nuestro estado mayor le pertenecería, mandé unir las filas, dar flanco a la derecha para ocupar el fortín, en los momentos mismos en que un piquete de filibusteros salía del Mesón con igual propósito. Mis soldados, cargando a la bayoneta, les hicieron retroceder y sólo uno resistió; pero fue muerto a bayonetazos⁵¹.

⁴⁹ Este pasaje es muy importante, pues revela la forma en que dos concepciones distintas sobre cómo hacer la guerra se enfrentaron en Rivas. En el caso de los costarricenses resulta evidente que peleaban utilizando todavía las tácticas napoleónicas, con sus cargas a la bayoneta, que invariablemente redundaban en gran pérdida de vidas, cuando se hacían contra enemigos atrincherados y en posesión de armamento superior. Se supone que quien sugirió estas cargas fue el teniente coronel Pierre Barillier, de Zuavos, quien dio esta sugerencia a don José Joaquín Mora. Sin embargo, tal forma de operar era coherente con el adiestramiento que tenían los costarricenses, que se basaba en manuales escritos por generales napoleónicos, como el Tratado de Puntería de Jacquinot, que era el texto empleado por los costarricenses para instruir a los reclutas en el uso del fusil. Por su parte, los filibusteros empleaban tácticas más flexibles, incluso algunas bastante adelantadas para su tiempo, provenientes de la experiencia adquirida en la guerra contra México y de las circunstancias en que ellos peleaban, en las que se utilizaba el atrincheramiento, maniobras para engañar a los contrarios, y el uso de armas más modernas, tácticas que les permitieron ahorrar gran número de vidas, lo cual en su caso era esencial, dado que no tenían tantos hombres como los centroamericanos. KWN.

⁵⁰ Barrio situado al sur de la actual Iglesia de La Merced, entre las avenidas 4 y 12, y las calles 2 y 14. Allí, en un principio, se ubicaron principalmente los mulatos, pero a mediados del siglo XIX era el barrio alegre de la ciudad, la Zona Roja, donde había gran cantidad de garitos, galleras, billares, prostíbulos, cuartos de alquiler y ventas de comida a toda hora. Posteriormente, con la ubicación de la Zona Roja al norte del Mercado Central, perdió parte de su importancia en este aspecto, pero todavía constituye una área conflictiva, y muchos de los negocios mencionados existen todavía allí, a lo que hay que agregar los de tipo más moderno. KWN.

⁵¹ Esto constituye un rasgo constante en la forma en que se enfrentaron ambos bandos. Mientras que los filibusteros siempre mostraron una mayor destreza como tiradores, su lado flaco estaba en que no estaban acostumbrados a utilizar la bayoneta, y de hecho rara vez tenían esta arma, la cual, en manos del enemigo, les inspiraba auténtico terror. Los costarricenses, que salvo excepciones notables no eran buenos tiradores, por el contrario sí sabían emplear la bayoneta, de lo que dieron muy buenos ejemplos a lo largo de la guerra, particularmente en Santa Rosa y Rivas. Por este motivo vemos que los filibusteros siempre combatían atrincherados, mientras que los costarricenses, y luego los demás centroamericanos, se lanzaban contra ellos a pecho descubierto, lo que provocó muchas muertes innecesarias entre nuestras tropas. KWN.

Una vez dueño del fortín, lo comuniqué al estado mayor, que comprendiendo la importancia de aquella posición, me ordenó que la conservara a todo trance.

De mis cuarenta y tres soldados sólo quedaron trece y el oficial; los otros treinta habían quedado muertos o heridos en la calle.

En seguida mandaron otra guerrilla al mando del capitán Vicente Valverde. A causa de su formación inconveniente perdió en la calle parte de sus soldados y él mismo, con el resto, pereció en la esquina.

El fortín edificado sobre una casa en construcción, no tenía más que paredes mal cerradas, con anchas rendijas y huecos por donde las balas enemigas penetraban y me causaban bajas numerosas. Fue preciso mal tapar los huecos de las ventanas con adobes. Cuando los yankees divisaban una sombra al través de las hendiduras, disparaban regularmente con acierto. Cada cañonazo rompía tejas, sacudía las paredes y por todas partes silbaban las metralas. Subí al fortín con un fusil Minié para disparar contra los filibusteros que ocupaban el Cabildo. De allí distinguía al frente este edificio con los que nos hacían fuego. Abajo, hacia la esquina, se hallaban tendidos los soldados y los oficiales heridos y muertos, como un pedazo de bosque echado a tierra. Allí estaban el capitán Vicente Valverde, Teniente Pablo Valverde, capitán Granados⁵², capitán Portugués de Alajuela, todos ellos muertos. Heridos el capitán Joaquín Fernández a quien hice entrar en el fortín con peligro de mi vida practicando una abertura en la falsa trinchera que nos defendía; el Teniente Zenón Mayorga, que por la noche entró al Fortín por el mismo lugar por donde entré yo al capitán Fernández.

Hallábame en el fortín cuando vi salir del cuartel del batallón de Alajuela, situado en la esquina opuesta a la esquina Norte del Mesón, a Juan Santamaría.

Yo lo conocía muy bien porque en el río de la Maravilla muchas veces me había bañado con él: era un patojo, pelo muy crespo, por lo cual lo llamábamos el Erizo, era un zambo, su color anegrado.

Vi que atravesó la calle con una tea encendida en la mano y puso fuego al Mesón por el alero. Cuando lo consideró bien encendido regresó a su cuartel. Pero como desgraciadamente el fuego se apagó, volvió a pasar y en esta segunda ocasión lo encendió bien. Al regresar de nuevo a su cuartel, los yankees que lo aguitaban, lo

⁵² capitán Miguel Granados. RO.

hirieron y yo lo vi caer en la calle⁵³.

En seguida llegó a mi fortín, por entre solares, saltando las tapias, el mayor Juan Francisco Corrales, Comandante del batallón de Alajuela, a pedirme gente porque la de él se le había concluido ya. A esto respondí que viera los pocos soldados que tenía y los muchos muertos, y le indiqué que pasara al estado mayor general atravesando el portón que comunicaba al solar de mi fortín con el de la casa del estado mayor, que lo hiciera con cuidado porque del techo del Mesón me habían muerto mucha gente, el oficial Ureña⁵⁴ y me habían herido al Teniente Rafael Bolandi.

Cuando el mayor Corrales regresaba del estado mayor con una guerrilla de veinte hombres venía a la cabeza y al pasar cerca de un arbolillo de limón, en el solar, cayó herido. El sargento que lo seguía le preguntó: “¿Lo han herido?. Sí, me han matado, pero muero con honor”.

Como hasta las doce de ese día la mortandad en nuestro ejército fue espantosa; porque los filibusteros se habían parapetado en las casas, atravesadas de numerosas claraboyas, por donde hacían un fuego mortífero. Mientras que los nuestros iban a pecho descubierto con orden de atacar a la bayoneta a las paredes, en guerrillas de quince a veinte soldados⁵⁵.

Finalmente el general Cañas se apoderó del mando y ordenó que las disposiciones para cargar a la bayoneta no fuesen obedecidas. En cambio comenzó una nueva táctica que consistía en adueñarse de las casas ocupadas por los yankees, una por una. Estas disposiciones secundadas por el coronel Juan Alfaro Ruiz, que llegó de la Virgen con medio batallón, cambiaron en nuestro favor la situación del combate y aseguraron el triunfo⁵⁶.

⁵³ Es curioso ver que las versiones relacionadas con el hecho de Santamaría no coinciden unas con otras. RO.

⁵⁴ Juan Ureña. RO.

⁵⁵ De nuevo se muestra aquí la diferencia de concepciones militares de ambos bandos. Desde Napoleón hasta la Primera Guerra Mundial, la preocupación por ahorrar vidas no fue prioritaria en la doctrina de guerra francesa. De Napoleón se dice que en una batalla en la que triunfó a pesar de experimentar serias bajas, cuando le expresaron lo terrible que había sido ese día, respondió “Bah, eso lo arregla París en una sola noche”. En todo caso, en esa época los soldados eran baratos, en el sentido de que su adiestramiento y su equipo costaban poco y había, en los ya muy poblados países de Europa Occidental, abundancia de hombres, pertenecientes a la clase obrera, a quienes echar mano. Actualmente ocurre todo lo contrario, pues los soldados modernos tienen un adiestramiento tan sofisticado, que incluye empleo de medios electrónicos, enlaces satelitales y entrenamiento para guerra química, nuclear y bacteriológica, y su material es tan costoso, que no pueden ser desperdiciados como entonces se hacía. KWN.

⁵⁶ Este pasaje es increíblemente revelador, pues permite ver que dentro del estado mayor se produjo una seria

Si hubiésemos continuado dando cargas a la bayoneta contra las paredes del Mesón, seguramente habríamos perecido todos y la derrota hubiera sido inevitable⁵⁷.

Cuando llegó la noche los filibusteros estaban reducidos a la Plaza, el Cabildo y el Mesón. Como a las nueve de la noche oí que llamaban de la calle, cerca del hueco de una ventana. Y un cabo de las fuerzas que estaban a mis órdenes me aseguró que quien llamaba era don Joaquín Fernández, que lo conocía muy bien por haberme criado en su casa: inmediatamente me acerqué y le recomendé por una rendija, que estuviese listo porque yo lo iba a entrar. Para esto quité unos adobes de los que guardaban el hueco de la ventana. Saqué una pierna y medio cuerpo para agacharme hacia la calle que daba frente al Mesón. Lo tomé del cuerpo y de un impulso volví hacia atrás, y caímos adentro en el momento en que una lluvia de balas pasaba por encima de nosotros, sin tocarnos porque quedábamos protegidos. Luego lo hice conducir al estado mayor después de haberle dado agua, pues la sed le había hecho sufrir; más de medio día había estado tendido en la calle con una herida en un muslo.

Un negro sacaba el agua de un pozo en una caja de sardinas. Este negro se negaba a tirar por las rendijas. Al fin fue muerto cabalmente al acercarse a una de ellas.

En efecto, el incendio del Mesón no fue decisivo para el resultado de la

crisis de mando. El hecho de que Cañas, aunque cuñado de don Juan Rafael Mora, haya podido desplazar a don José Joaquín, indica que ya se estaba desmoronando la seguridad del Alto Mando en conseguir la victoria. Tenemos la impresión de que quizás éste fue el momento culminante de la carrera militar de Cañas, iniciada en los tiempos de las guerras de la Federación Centroamericana, al lado de Morazán. Realmente Cañas salvó el día, logró evitar un segundo San Jacinto de Texas y consiguió mantener incólume el honor nacional, pese al enorme precio pagado en vidas costarricenses. Por desgracia, en los tiempos que siguieron la estrella de Cañas ya no brilló como este día, y sus acciones en el área de San Juan del Sur, durante la Segunda Campaña, y más aún, la forma en que dirigió las operaciones durante la invasión de Puntarenas en 1860, que culminaron con su muerte y con la de don Juan Rafael Mora, distan mucho de este momento en que realmente se destacó como comandante táctico. Como he indicado en otro trabajo, el defecto fundamental de las estructuras militares latinoamericanas, y la de Costa Rica no era excepción, está en que las decisiones estratégicas eran tomadas por políticos y no por militares de carrera, que en realidad no los había, si no es en un sentido lato. Por ello, Cañas estratega no es ni la sombra de Cañas táctico en Rivas, y este es un aspecto que hay que destacar, pues ha pasado inadvertido a nuestros historiadores, que no se caracterizan por poseer conocimientos militares. KWN.

⁵⁷ Estos gravísimos errores, resultantes de emplear tácticas anticuadas contra enemigos que poseen métodos más modernos, suelen producir terribles desastres. Es el mismo caso de la caballería polaca cargando contra los blindados alemanes al comenzar la Segunda Guerra Mundial, o el de las tropas iraquíes luchando con métodos, armamento y tácticas de la década de 1950, contra las fuerzas armadas norteamericanas dotadas de una tecnología y unos medios jamás vistos antes en la historia, en el año 2003.

acción⁵⁸. Los filibusteros permanecieron hasta otro día a las cinco de la mañana en el Mesón. Frente a mi fortín no cundió el fuego.

12 de abril.

Como a las cuatro de la mañana los yankees hicieron un tiroteo nutrido. Sospeché que lo hacían para engañarnos y poder fugarse impunemente. Pues el tiroteo fue menguado hasta quedar reducido a disparos sueltos.

Di aviso al estado mayor de que los filibusteros se habían alejado y solicité el permiso de pasar al Mesón para investigar la fuga. Se me respondió que no me moviera de mi fortín. Comprendían que sin esa defensa no hubieran estado seguros y temían perder esa seguridad. Pues desde que principió el combate tenían los señores Mora y el estado mayor sus caballos ensillados por si llegaba el caso de una retirada⁵⁹. Por eso habían reservado un batallón al mando del coronel Ocaña, con orden de no distraer un solo soldado porque debía proteger la retirada del estado mayor. En este batallón de Mora venía don Próspero Fernández. Efectivamente este batallón no tomó parte en el combate, como tampoco el mandado por el coronel don Salvador Mora que venía de San Juan del Sur y llegó a las cinco de la mañana. Asimismo el medio batallón que había quedado en la Virgen, al mando del coronel Alejandro Escalante, llegó al día siguiente porque según se dijo entre nosotros, se había negado a venir cuando se le mandó a llamar, razón por la cual don Juan Alfaro Ruiz se había venido con sólo medio batallón.

Al amanecer del día 12 de abril, cuando todos se convencieron de que las fuerzas enemigas se habían retirado, recorrieron la Plaza, el Mesón, la Iglesia, el Cabildo, en donde se recogieron algunos prisioneros que fueron fusilados por un señor Peña, originario de Nicaragua, pero domiciliado desde mucho tiempo en Cartago. A continuación el general Cañas pidió 800 hombres que pensaba organizar en cuatro secciones de doscientos hombres, mandados por los coroneles Juan Alfaro

⁵⁸ ¿No se ha dicho que cuando Santamaría prendió fuego al Mesón, los filibusteros huyeron inmediatamente?. El incendio, pues, no tuvo grandes proporciones ni fue tan decisivo, como dice don Víctor, testigo presencial. RO. En realidad esto es algo que se pone en evidencia al leer los distintos testimonios y relatos, el de Walker incluido. La historia de la huida en verdad es para consumo de los escolares, y fue materia prima para los autores de la letra de los himnos patrios, como Emilio Pacheco Cooper y don Juan Fernández Ferraz. KWN.

⁵⁹ Muchos detalles de la vida de don Juan Rafael Mora demuestran que éste no era ningún cobarde. Así lo demostró hasta el último momento. RO. No se trata de que fuera cobardía o no. Todo estado mayor tiene que ser protegido a ultranza, pues su captura o destrucción pueden acarrear una derrota total. Don Rafael Obregón aquí se dejó llevar por su enorme afecto hacia Mora, que por cierto le impedía ver sus defectos, pero en este caso no se le estaba acusando de ser cobarde. De todos modos, Mora hubiera sido poco juicioso si no se hubiera tomado esta precaución, sobre todo si se tiene en cuenta que hasta horas de la tarde el combate se mantuvo incierto, lo que, como ya indicamos, produjo una crisis de mando en el estado mayor. KWN.

Ruiz, el mayor don Indalecio Sáenz, por el capitán Santiago Millet y la cuarta por mí, para salir en persecución de Walker, que iba en completa derrota, pues supimos después que permaneció en Nandaime, un pueblo cerca de Granada, recogiendo a los dispersos para entrar en esta ciudad con algunas fuerzas. Los generales Mora se opusieron, arguyendo que no querían quedarse con poca gente. Tengo plena certidumbre de que si los hubiésemos perseguido a las órdenes del general Cañas, habríamos llegado a Granada mucho antes que Walker y habría terminado allí la guerra, evitando de este modo los grandes sacrificios de dinero y de sangre que la campaña continuó costando a Costa Rica y a Centro América entera.

(Nota: Después del día 11 de abril, 500 nicaragüenses se presentaron, se les dio armas, se les organizó y se les dio un cuartel aparte, porque no se quería mezclarlos. Al primer toque de generala no quedó uno solo en el cuartel. Volvieron a pedir las armas, se les dio de nuevo, y por segunda vez abandonaron sus puestos cuando oyeron los toques de alarma. En cambio, los nuestros, a pesar de que el 11 de abril nos había sorprendido el enemigo, no dieron el mal ejemplo de una sola deserción.

Cuando se propuso a los generales Mora la persecución de los filibusteros, contestaron que era preciso esperar a que llegaran los 700 hombres que deberían arribar por mar. En efecto, un cuerpo del ejército había salido de Puntarenas con rumbo a San Juan del Sur. El entonces capitán Tomás Guardia iba en ese cuerpo. Al arribar a San Juan del Sur, supo que todas las fuerzas habían regresado, viraron de bordo y se encaminaron al puerto del Coco. Aquí desembarcó mi hermano, por tierra se dirigió a Liberia. Creo que el cuerpo del ejército continuó hasta desembarcar en Puntarenas).

Como ya se había resuelto no perseguir al enemigo me ordenó el general Cañas que con dos ayudantes me dirigiera a una hacienda “San José”, situada a una legua y media aproximadamente de Rivas, con el fin de capturar a un filibustero de importancia en cuyo poder había papeles de gran interés que era preciso conocer. Era este hombre temible por su atrevimiento. Por una vieja que encontré en la hacienda averigüé que allí efectivamente, en un rancho construido entre el cacaotal, se hallaba el filibustero. Me encaminé con grandes precauciones hasta llegar a sorprenderlo en una hamaca teniendo a su lado un revólver y al otro un rifle. Le puse mi revólver al pecho asegurándole que si se movía lo tiraba; mientras tanto mis dos ayudantes se apoderaron de sus armas y lo hicimos prisionero. Lo montamos sobre una yegua melada y lo condujimos, custodiado con revólveres, al estado mayor.

Olvidaba decir que por la orden del día se me había hecho sargento mayor⁶⁰ en

⁶⁰ Este grado confunde a muchos que no están muy familiarizados con el escalafón de la época y no saben que es el grado de mayor, como lo denominamos ahora, que es el que sigue al de Capitán. KWN.

atención a la toma y defensa del fortín, durante el combate del 11 de abril.

Todavía no me había descalzado las espuelas que llevaba en mi excursión de la mañana, cuando el general Cañas me hizo llegar a su despacho. Había allí numerosos jefes. El general Cañas escribía. Cuando terminó me entregó un pliego y me dijo que pasara al Cuartel del mayor Ocaña para que se me dieran cincuenta hombres. Puso a mis órdenes dos de sus ayudantes, dos dragones⁶¹ y un corneta. Debía yo encaminarme a la Virgen. Corrían los rumores de que Walker estaba allí. El pliego que me entregaba debía ser abierto en Las Lajas, antes de llegar a la Virgen. Al salir saludé al general: con su permiso, y salté a la calle. Le oí decir: Ya ven, eso hace un oficial de honor. Algunos de los jefes allí presentes se habían negado a hacer la misma expedición con quinientos hombres. El general Cañas les dirigía, pues, un reproche⁶².

Pasé al cuartel del mayor Ocaña, tomé los cincuenta hombres y marché para La Virgen. Al llegar a “Las Lajas” abrí el pliego. Se me ordenaba en él continuar hacia el puerto de La Virgen, con grandes precauciones porque se aseguraba que en él estaba Walker; que si esto era verdad me batiese en retirada, y mandase dar aviso por uno de los dragones; que si no estaba ocupase la plaza, diese aviso y aguardase allí órdenes. Continué la marcha: ordené que avanzaran los dragones, a cincuenta varas uno de otro para que inspeccionaran el campo y viesan si estaba allí el enemigo. Los dragones regresaron un cuarto de hora después acompañados del agente de la Compañía del Tránsito, los cuales me aseguraron que no había ni un solo filibustero y que todos los extranjeros del puerto estaban deseosos de que yo llegase, porque el coronel Escalante, que ocupara el puerto antes el puerto los hostilizaba mucho. No sólo les prohibía salir de sus establecimientos sino que a cada alarma que había los encerraba en la bodega de la Compañía y les amenazaba diciéndoles que al primer disparo del enemigo los fusilaría. Tomé posesión del puerto y ocupé con mi pequeño estado mayor y mi escolta la casa de la Compañía que generosamente me ofreció el agente. En seguida envié un dragón a dar aviso al general Cañas de que me había instalado en el puerto sin un solo disparo, porque días atrás el enemigo había evacuado el lugar. A las cinco de la tarde llegó un batallón y mi nombramiento de Comandante de aquel puerto. Todo el tiempo que permanecí en él estuve atendido y obsequiado por sus habitantes, en especial por los extranjeros a quienes yo había

⁶¹ Soldados de infantería montada. KWN.

⁶² Se trata de un interesante ejemplo de lo floja que era la disciplina en nuestro ejército, comparado con los de otros países. En tiempo de guerra, y más aún estando en circunstancias como las imperantes el 12 de abril, negarse a acatar una orden simplemente traía, y aún trae, para quien eso hiciere, ser llevado de inmediato ante una corte marcial, y la pena suele ser la muerte. Cuando se trata de un soldado, su oficial superior puede abrir fuego contra él, en el caso de hallarse en medio de operaciones contra el enemigo, ya que se trata de amotinamiento. KWN.

dado toda clase de garantías. Como a los seis días tuve noticia de que había casos de cólera morbus en Rivas. Dos días después se presentó en mi tropa el primer caso de la peste: fue el atacado un joven oficial Brenes (hermano de los abogados Gabriel y Marcelo Brenes).

Tan luego como lo supe hice trasladar al oficial a un hospital provisorio que fundé, en donde fue asistido dos días, al cabo de los cuales murió, cuando ya tenía dos casos más.

Pocos días después recibí orden de marchar a San Juan del Sur a reunirme con el grueso del ejército que ya iba de retirada a causa de la peste.

Era necesario que esta apareciese en Rivas, donde la sangre de las calles entraba en putrefacción. Los filibusteros arrojaban sus muertos a los pozos que surtían de agua a la población, de manera que cada uno de ellos era un foco de corrupción que debía dar sus resultados. Si nuestro ejército se hubiese puesto en persecución de los vencidos, como lo había propuesto el general Cañas, muy probablemente el cólera no habría aparecido entre nuestras tropas.

En la noche del día que salí de La Virgen, llegué a las inmediaciones de San Juan del Sur, en donde pernoctaba el grueso del ejército. Allí entregué el batallón a su primitivo comandante. Volví a ser el primer ayudante del general Cañas.

[Al margen: A poco de haber salido de Rivas el ejército, murió Juan Alfaro Ruiz de un ataque fulminante del cólera]

Supe esa misma noche que los dos generales Mora con todo su estado mayor habían abandonado el ejército ese día para adelantarse hacia la Capital. En la mañana del día siguiente salimos de San Juan del Sur, a las órdenes del general Cañas. Recuerdo que venían las tropas con el ánimo tan abatido que sólo pudo reanimarse cuando la banda de Liberia tocó la “Marcha de Santa Rosa”, obra compuesta por Juan Morales, director de esa banda⁶³. Caminamos ese primer día cinco o seis leguas y

⁶³ Tengo idea que la marcha Santa Rosa es del maestro Gutiérrez. RO. Las disputas sobre la paternidad de diversas obras son algo común en el medio musical. Muchos músicos viejos, sobre todo de la región de San Mateo, sostienen que el “Duelo de la Patria” no es de Rafael Chávez sino de un oscuro músico de esa población. En todo caso, el autor reconocido de la Marcha “Santa Rosa” es don Manuel María Gutiérrez. KWN.

vinimos a pernoctar a un lugar de cuyo nombre no me acuerdo. Durante ese día tuvimos algunos casos de cólera; al siguiente fueron más numerosos los casos funestos, entre ellos recuerdo que murió en el espacio de una hora el capitán Anastasio Calderón. La noche de este segundo día pernoctamos en el Ostional. En este sitio me atacó el cólera como a las doce de la noche. Inmediatamente desperté a don Fermín Meza, cirujano del ejército, que me recetó una dosis fuerte de espíritu de yerbabuena, diciéndome que con ese remedio si el ataque era benigno se me convertiría en disentería, pero que si era fulminante sólo Dios me curaría. Tan luego como tomé el remedio me acosté en una hamaca, me sentí reconfortado y me dormí. Otro día, al toque de diana, a las cinco de la mañana me desperté. Ya listo para montar a caballo, un fuerte retorcimiento de los intestinos que me obligaron a retirarme un tanto: esa primera deposición me reveló que efectivamente se me había convertido en disentería. Se lo comuniqué al Cirujano Meza que me respondió: “Si ahora se muere usted es de disentería”. Ese día los casos de peste fueron todavía más numerosos. La tercera noche pernoctamos en Escameca, donde se presentaron más casos fatales. Otro día por la mañana marchó el ejército para Sapoá. Pero el general Cañas, con sus ayudantes y una compañía de zapadores, al mando del entonces capitán don Matías Sáenz, permaneció en el lugar en espera de que mejorasen o muriesen los atacados, para no dejar un solo soldado o una sola arma abandonados en campo enemigo. Esa compañía de zapadores al mando del capitán Sáenz prestó grandes servicios a nuestro ejército⁶⁴. Iba a la retaguardia asistiendo a los apestados, enterrando sus cadáveres, con una abnegación honrosa, sin que un soldado desertase. Cuando nada quedaba allí por hacer, salimos para Sapoá a reunirnos con el ejército que ya había llegado. En esa noche los casos fueron aún más numerosos que los días anteriores. de todos los campamentos se levantaban las dolorosas lamentaciones de los atacados y a la mañana siguiente habíamos perdido más de cien soldados. Entre

⁶⁴ A menudo las compañías de zapadores en el ejército costarricense estaban compuestas por presidiarios y militares castigados. KWN

ellos el padre Córdoba⁶⁵ de Heredia y el padre Vasco⁶⁶ (a.) Granadino, de aquí de San José, que eran los únicos capellanes que habían quedado, porque los demás se habían desertado con los cirujanos⁶⁷. El general Cañas pretendió estacionar en el Sapoá aquellas tropas infestadas con el fin de que no trajesen el contagio al interior. El batallón Guardia, cuando lo supo, corrió a las armas y apuntando hacia el estado mayor, gritó “¡Nos vamos!, ¡Nos vamos!”. El general Cañas comprendiendo que ese era también el sentimiento que animaba el resto del ejército, decidió que continuáramos⁶⁸. De todos modos, el estado mayor general estaba ya en el interior y el cólera ya se había presentado en las principales ciudades. El ejército salió del Sapoá por la mañana y fue a pernoctar en el Pelón. Por mi parte venía bastante enfermo y después de largas leguas me sentí desfallecido y rogué al oficial Macedonio Esquivel que me dejara a un lado del camino porque prefería morirme a continuar. No obstante fueron tantos los empeños de este oficial que monté nuevamente y vine a pernoctar en la hacienda del Naranjo. Ese día tuvimos algunos casos de cólera. El día 5 de mayo se pagó a los jefes y oficiales con una cuarta de onza -cuatro pesos, dos reales- a los soldados con un escudo; y se publicó la orden general que declaraba disuelto nuestro ejército en Liberia. En consecuencia cada cual tomó el camino de su casa como mejor lo pudo.

Cinco días después de haber llegado a Liberia envió el general Cañas al teniente Gaspar Apú al Sapoá para que custodiara el armamento y demás elementos de guerra que allí habían quedado abandonados, pues la compañía de zapadores que había permanecido sepultando los muertos, como estos eran tantos, se había venido para Liberia, dejando algunos insepultos, amontonados sobre los otros que habían depositado en zanjas. Este teniente Apú me contó que al llegar a Sapoá, a mano izquierda del camino, sintió un mal olor muy penetrante, volvió a ver en la dirección

⁶⁵ El padre Córdoba (don Bruno) era originario de Heredia. Lo ordenó en Honduras el Ilmo. Monseñor Campoy y celebró su primera misa en Heredia el 15 de agosto de 1849. En 1850 y 51 fue cura de Bagaces; pasó después a servir la coadjutoría de Heredia, y en 1854 fue cura de Térraba. El padre Córdoba es una figura bien conocida, gracias a la historia que figuraba en los antiguos libros de lectura que relataba la fidelidad del perro que había llevado el padre capellán (Datos de Mons. Sanabria). RO.

⁶⁶ El padre Manuel Basco era natural de Granada (Nicaragua); desde pequeño vivía en San José. Vistió los hábitos en 1840 y se ordenó en 1847, en Honduras, según parece. RO.

⁶⁷ Esta apreciación es injusta, pues de muchos documentos se desprende que el capellán don Francisco Calvo y el doctor don Andrés Sáenz acompañaron a las tropas hasta el último momento. Don Joaquín Bernardo Calvo en sus “Apuntamientos sobre Costa Rica”, p. 318, dice: “también en esos días aciagos el señor doctor don Andrés Sáenz, cirujano del ejército, y el señor capellán presbítero don Francisco Calvo, dieron ejemplo de abnegación admirable, permaneciendo en Rivas, al lado de los enfermos del cólera, mientras su presencia fue necesaria, no obstante que el ejército y también el Estado Mayor, habían regresado precipitadamente a causa de la alarmante propagación de la peste”. RO.

⁶⁸ Nunca se ha hablado de este motín, que una vez más refleja la gravedad de la situación por la que atravesaba el ejército costarricense en ese momento. KWN.

de donde venía y distinguió varios cadáveres no sepultados que se encontraban en estado de putrefacción y observó que uno de ellos levantaba la mano, como en ademán de llamar. Acercóse entonces y halló que efectivamente había allí un hombre vivo, en tal estado de debilidad que no podía moverse. Mandó a sus soldados a cortar un garabato largo con el cual lo retirara de entre los muertos. En el acto lo hizo conducir en una camilla a la casa de Sapoá, donde le cambiaron las ropas, después de limpiarlo porque en varios sitios los gusanos habían penetrado sus carnes. Se le alimentó hasta que recobró el sentido y el hombre se salvó.

Por mi parte me dirigí a la Catalina, propiedad de mi tío político don Rafael Barroeta, con mi hermano Faustino Guardia, a quien por su buen comportamiento el once de abril, se hizo capitán. En esa hacienda permanecimos quince días, ambos convalecientes; porque mi hermano Faustino había sido atacado como yo por el cólera y me había sido preciso hacerlo traer en hombros, sobre una hamaca.

Una vez restablecidos nos embarcamos en un bongo con dirección a Puntarenas, donde vivía nuestra familia. Aquí permanecí todo el tiempo que duró el Cólera. A principios de Junio, por encargo de mi tío político don Rafael Barroeta, regresé a la hacienda de Catalina a hacerme cargo de la administración, porque atacado por el cólera había muerto el administrador. En la Catalina pasé algunos meses. Al cabo de los cuales estuve a punto de partir nuevamente a la guerra, si mi tío el señor Barroeta, bastante amigo de los Moras, no hubiese influido para que se me dejara, alegando que no podíamos salir los tres hombres de una misma familia, porque mis hermanos Faustino y Tomás, se habían alistado para esta segunda campaña.

Las operaciones de ésta comenzaron por una expedición contra San Juan del Norte a las órdenes del coronel Blanco⁶⁹, y una invasión a Nicaragua por San Juan del Sur con un batallón al mando del mayor Tomás Guardia y a las órdenes del general Cañas.

Hallábame en la hacienda Catalina cuando tuve conocimiento de que mi hermano el mayor Tomás Guardia se hallaba herido en las dos piernas y me encaminé hacia la isla de Ometepe en la laguna de Nicaragua, en donde se había establecido un hospital de sangre. Me dirigí al puerto de Tortuga con doce hombres, para traerlo en una camilla. Allí tomé el vapor “Virgen” (porque ya los vapores estaban en poder nuestro) que iba para el fuerte de San Carlos y que de aquí debía regresar a la isla de Ometepe. En San Carlos encontré al general don José Joaquín Mora con su estado mayor. Seguí para Ometepe en donde estaba el hospital. Encontré a mi hermano, junto con los demás heridos, en el mayor abandono. Los asistentes de que disponían

⁶⁹ En ese momento, Máximo Blanco era mayor. Se trata de la Campaña del Tránsito. KWN.

eran indias tomadas a la fuerza. De Ometepe regresamos a Tortuga donde me esperaban mis doce hombres. Lo puse en una camilla y empleamos cuatro días para llegar a Liberia. Lo despoblado del camino nos infligió numerosos sufrimientos. En esa ciudad descansamos un día y en seguida marchamos al Bebedero, donde lo embarqué en una lancha con destino a Puntarenas, en donde era gobernador mi padre, y residencia de mi familia.

CAPITULO TERCERO

Terminada la guerra, viví algunos meses en Puntarenas y luego emprendí una explotación de maderas en el río Abangares. Estando en esto tuve noticia de que el 14 de agosto de 1859 había estallado una revolución contra don Juan Rafael Mora.

Muchas son las causas que contribuyeron a preparar la revolución. Los desaciertos de la guerra, así como el descontento provocado con su segunda reelección, habían traído el desprestigio del presidente Mora. Desavenencias por cuestiones de intereses con el señor Vicente Aguilar, uno de los hombres más acaudalados de la República; desinteligencias con los hombres más encumbrados de la Nación, todo se aprovechó para concitar los ánimos contra al señor Mora. Se preparó el golpe de cuartel con soldados procedentes del Mojón⁷⁰. El presidente Mora había decretado que las propiedades situadas en cierta área de terreno cerca pasasen a ser del Estado. Con esto, naturalmente, muchos de los habitantes del Mojón, heridos en sus intereses estaban mal dispuestos y se prestaron a servir en la sedición. Encabezaban este movimiento los coroneles Salazar, Lorenzo y Blanco, Máximo. Una vez que la sedición triunfó y vino al poder el presidente Montealegre, fueron desterrados los señores Mora, José Joaquín, don Juan Rafael, el general Cañas, Manuel Argüello Mora.

En ese mismo año del 59 fui nombrado Juez Civil en Primera Instancia de Puntarenas; pero no me hice cargo de mi empleo sino en el verano de 1860. Desempeñaba este puesto cuando se tuvo noticia de que el general Mora, don Juan Rafael, con los que le acompañaron al destierro, preparaba una invasión a Costa Rica, con los auxilios que había recibido de El Salvador. Esta invasión debía ser apoyada por un señor Arancibia, de nacionalidad chilena, residente en Esparta. En estas circunstancias nos hallábamos, cuando me llamó el Comandante de Plaza de Puntarenas, don Bernardino Peralta. Me manifestó que se hallaba enfermo y que deseaba depositar en mi la Comandancia porque era preciso que se organizara la defensa del puerto, porque Arancibia vendría esa noche con 400 hombres de Esparta y la Macacona. Yo acepté. Inmediatamente envié 50 soldados que recluté allí al mando del teniente Manuel Acosta. Hice cavar una zanja en La Angostura, entre el

⁷⁰ Es decir, de San Pedro, donde estaban las tierras del Común. KWN.

estero y el mar, y dispuse en la trinchera cuatro cañones a flor de arena, sirviendo de parapeto la misma arena de la excavación. Cuando supo Arancibia, juzgando que no sería fácil la toma del puerto, regresó de La Barranca.

Por mi parte quedé con 50 hombres procedentes del interior que me servían de guarnición. Al día siguiente arribó el vapor al puerto con don Juan R. Mora y sus amigos. Como averiguara Mora que Arancibia no había podido apoderarse del puerto y que era yo el Comandante, siguió de paso a Panamá.

Las funciones de Comandante, de Gobernador y de Capitán de Puerto se me habían recargado. De nuevo que mi trabajo era excesivo.

En tal estado de cosas la señora Inés Aguilar, esposa de don Juan Rafael Mora llegó a establecerse en Puntarenas y arrendó una bodega en donde se reunía con sus amigos, que llegaban cada día de la capital. Con ellos fraguaba el plan de apoderarse del puerto para proteger el desembarque de su marido. Por mi parte, en cuanto tuve conocimiento del hecho, puse en prisión a los llegados de la capital e intimé a la señora Inés la orden de abandonar el puerto en el término de tres horas. La señora obedeció y quedó todo tranquilo.

Convencido el señor Mora que el desembarque en Puntarenas no era posible, resolvió retirarse nuevamente a El Salvador, dispuesto a esperar mejor ocasión o a combinar planes distintos.

Había, pues, cumplido con mi deber. Así fue que me sorprendió de un modo extraño la resolución del Gobierno cuando dispuso nombrar un nuevo Comandante, don Pedro García; un Capitán de Puerto, don Carlos Moya; un nuevo Juez, y un nuevo Gobernador, que fue mi padre. La sorpresa para mí fue tanto mayor cuanto que a juzgar por todas las comunicaciones y todos los despachos, el Gobierno no sólo no tenía ninguna reconvención para mi conducta, sino alabanzas al dar por aprobados todos mis actos.

El Gobierno creyendo sin duda recompensar mis servicios, me nombró Administrador de Licores, nombramiento que rechacé por creerlo indigno, después de haber ocupado a satisfacción del mismo Gobierno puestos de más alta categoría en aquel mismo puerto.

Me retiré a vivir a “Las Piedras”, cerca del Bebedero, y me dediqué a la explotación del hule.

Vivía en mi retiro cuando llegó a mi conocimiento que don Pedro García, el

Comandante, había sido sustituido por el coronel don Salvador Mora, un antiguo amigo [y **pariente**] de los Mora, que había contribuido grandemente a la exaltación al poder del ex presidente don Juan Rafael, como cómplice en la traición de cuartel contra el Dr. Castro, que elevó a la presidencia al señor Mora.

El nombramiento de este coronel Mora, de tales antecedentes, me hizo sospechar que lo colocaban allí, para que permitiendo la entrada del expresidente Mora, éste pudiera ser prendido y fusilado⁷¹. El señor Mora, fuera del país, era una constante amenaza para el Gobierno del señor don José María Montealegre.

Me dirigí a Puntarenas con el objeto de comprar víveres para los peones de mi trabajo. En este puerto mi padre me indicó que era prudente que me alejara a la mayor brevedad porque un señor Víctor, ecuatoriano, le había contado que esa noche desembarcaría don Juan Rafael Mora y que se apoderaría del Cuartel porque estaba vendido; agregó que el coronel ecuatoriano también tenía orden de hacerme fusilar, para vengar la ofensa que yo había inferido a doña Inés, haciéndola salir del puerto. ¡A ese peligro me había dejado expuesto el gobierno, tras haberle servido a constancia y con lealtad!

A las seis de la tarde me embarqué llevando la preocupación que me produjera lo que acababa de saber. Llegué a mi trabajo a las ocho de la mañana del día siguiente. Como a las doce del día llegó adonde yo estaba don Magdaleno Jiménez, que se había embarcado como a las nueve de la noche. El me contó que al pasar frente a la Aduana vieja había oído vivas y gritos. Esto y lo que yo ya sabía me permitieron comprender que la revolución había estallado y que don Juan Rafael Mora había desembarcado en Puntarenas.

Yo comprendía cuanto era el prestigio de que gozaban en Liberia los generales Mora y Cañas, de manera que no era difícil adivinar cuál sería la actitud que ese pueblo tendría, una vez que se supiese el desembarco; con seguridad se habría pronunciado. Puse a un lado mi resentimiento, para dar cabida a mi lealtad de partidario y dispuse que un propio, Juan Amador, en uno de mis mejores caballos, se encaminara hasta Liberia, a doce leguas de distancia, a comunicar al Comandante que lo era don Rafael Alvarado, cual era la situación y cuales eran las medidas de prudencia que era preciso adoptar a fin de que el pronunciamiento no fuese posible. Este aviso fue muy oportuno, pues los amigos de Mora y Cañas estaban preparados para secundar el movimiento cuando supiesen el desembarco. Al efecto tenían dispuesto un baile que daría ocasión para prender a las autoridades y otro baile popular en la taquilla de una señora Jesús Alvarez, partidaria incondicional de los Mora y Cañas. Este pueblo habría de tomar el cuartel cuando ya los jefes estuviesen

⁷¹ Esta es la versión más antigua de esta hipótesis -bastante plausible, por cierto- que conozco. KWN.

atados. Mi expreso llegó a las seis y media de la tarde y el Comandante poniendo en práctica mis instrucciones, sin decir a nadie una palabra, mandó prender a don Mauro Aguilar, cuñado del expresidente Mora; a un coronel Iraeta, salvadoreño, y a otros jefes y oficiales que los amigos de Mora habían enviado a encabezar el movimiento. Con estas medidas el movimiento no tuvo efecto. En seguida no más el comandante, siempre siguiendo mis instrucciones, mandó oficiales a los pueblos vecinos con el objeto de reclutar soldados que en un caso dado pudiesen servir al gobierno. Mi hermano el capitán Faustino Guardia salió en comisión para Bagaces a reclutar soldados y traerlos a Liberia. Eran las siete y media de la noche. Media hora después de haber salido encontró a un señor Pedro Reyes, vecino de Liberia, que llevaba la noticia del levantamiento y la orden de don Juan Rafael Mora para que estallase el pronunciamiento. Al día siguiente se acercó a mi trabajo un señor Saturnino González que vivía en las orillas del río de Las Piedras, que me confirmó la noticia de la toma de Puntarenas. Seguro ya del hecho me dirigí a Liberia, a ponerme a las órdenes del Comandante quien me confirió el mando de las fuerzas que reclutaba, para que marchase en defensa del Gobierno, si eso era necesario.

Habiendo tenido noticia de que mi padre había sido preso por los revolucionarios concebí el plan de encaminarme con cien hombres para efectuar en Puntarenas un desembarco, en connivencia con el general Blanco que se hallaba en la Chacarita y que según ese plan debería atacar la trinchera de La Angostura, mientras yo, con las fuerzas a mis órdenes, atacaría la retaguardia de los revolucionarios, después de haber tomado el Estado Mayor, que se hallaba indefenso, porque todas las fuerzas se hallaban en la trinchera. Momentos antes de salir de Liberia, llegó un propio con la noticia de que el general Blanco había concebido un plan semejante; había mandado por el Estero al teniente Rafael Gómez⁷², hombre atrevido y muy conocedor de la playa del Estero, con dos embarcaciones tripuladas por veinticinco hombres. Desembarcaron como quinientas varas antes de llegar al puerto, hacia el cual marchó sigilosamente y atacó por sorpresa al Estado Mayor. En ese ataque dio muerte, con su propia espada, a un oficial Goyenaga. Esta sorpresa desconcertó al Estado Mayor. Todos huyeron, incluso don Juan Rafael Mora. De allí se dirigió Gómez con su gente en busca de los fugitivos, cuando encontró un oficial Montero que volvía como jefe de día y de visitar la trinchera. Al propio tiempo el general Blanco, calculando que ya Gómez había tomado posesión del Estado Mayor, asaltó la trinchera la cual fue tomada en pocos minutos con pérdidas sensibles. Aquí fue muerto Ezequiel Pinto, capitán español⁷³, herido el capitán Próspero Fernández y muchos más. De los enemigos algunos se salvaron echándose a nado al Estero.

⁷² Para esta época, Rafael Gómez ya era capitán. KWN.

⁷³ Se trata de Ezequiel Pí, y era coronel. KWN.

El ataque a la trinchera se hizo en esta forma: se practicó en la arena una zanja en forma de zigzag, bastante profunda para que pudiese cubrir el cuerpo de los soldados. Unas cuarenta varas antes de llegar a la trinchera, a una orden saltaron los soldados mientras un cuadro de oficiales, por la orilla del mar, con el agua a la rodilla de los caballos, pasó al otro lado de la trinchera, de modo que los revolucionarios quedaron bajo los fuegos de los asaltantes y de los oficiales. El pánico cundió y echaron a correr hacia el puerto.

Tomada la trinchera el general Blanco siguió a Puntarenas. Aquí encontró que unos oficiales, cuyo nombre no recuerdo, estaban fusilando a los prisioneros. Acababan de fusilar a un joven Vicente Villaseñor, salvadoreño, a quien felizmente la bala sólo le sacó un ojo. Cayó y se le dio por muerto; cuando volvió en sí, pudo escaparse, porque la herida no era mortal. A continuación se trataba de fusilar a don Manuel Argüello Mora, cuando llegó don Máximo Blanco y lo impidió, ordenando que no se fusilara a ningún prisionero. Los señores don Juan Rafael Mora y don José Joaquín Mora, el general Cañas, el coronel Arancibia que se habían ocultado en casas particulares, al día siguiente de la acción, fueron encontrados y puestos en prisión. Supe que cuando los tomaron, el general Blanco les dio palabra de que no serían pasados por las armas, lo cual prestó confianza a los prisioneros; porque las ordenanzas españolas vigentes aquí disponen que la palabra empeñada por un general en jefe es ley que no puede ser violada por nadie. El gobierno del señor Montealegre no hizo caso de esto y ordenó el fusilamiento de don Juan Rafael Mora, del general Cañas y del coronel Arancibia⁷⁴. El general Blanco, a mi juicio, obró en esta ocasión con mucha debilidad, pues disponiendo de un ejército de más de mil hombres, pudo hacer que se respetara su palabra y salvar a los desgraciados, los cuales, en la Campaña Nacional habían demostrado bastantes méritos para que fuesen perdonados. Este acto de crueldad consternó a la mayoría de los costarricenses porque el expresidente Mora era querido del pueblo y el general Cañas lo era de toda la nación, por sus servicios en la Campaña Nacional. Con el agravante de ser el señor Montealegre cuñado de entrambos.

Después de estos acontecimientos continué alejado de la política, viviendo en el Guanacaste.

(Notas: El Presidente Juan Rafael Mora suministraba a la Fábrica Nacional el dulce que obtenía en su cañal situado en los Ojos de Agua, por San Antonio de Belén. El expresidente Mora contaba con el pronunciamiento del Guanacaste y de Alajuela. En

⁷⁴ En realidad Blanco no pudo haber dado tal palabra a Mora ni a los demás, pues su suerte ya había sido decidida de antemano. De hecho, don Francisco María Iglesias envió una carta a Mora, que se sabía que estaba oculto en la casa del cónsul Farrer, donde le ofreció que si se entregaba sólo a él se le ejecutaría, mientras que los demás estarían “libres de muerte”. Mora se entregó, pero junto a él fue fusilado el general, no capitán, Ignacio Arancibia. Dos días después fue fusilado el general Cañas. KWN.

cuanto al Guanacaste ya queda explicado el por qué no se pronunció. En cuanto se refiere a Alajuela, el pronunciamiento se ahogó en su origen con la presencia de mi hermano, entonces coronel Tomás Guardia, comandante de la provincia, que logró sofocar a tiempo toda tentativa. Es algo muy curioso que nosotros dos, Tomás y yo, hubiéramos contribuido de una manera tan directa al fracaso del ex-presidente Mora, el cual, en una ocasión en que el general Cañas le insinuaba que nos atrajera a su partido, respondió que nosotros, ni por nuestras luces, ni por nuestra fortuna, ni por nuestro prestigio, teníamos significación alguna)

Por el año 1862, expatriados del Istmo de Panamá, vinieron a Costa Rica don Manuel y don Eduardo de la Guardia en busca de refugio después de que en el Istmo había sido asesinado su hermano don Santiago de la Guardia, presidente del Estado de Panamá. Al encontrarme con ellos, que eran mis parientes, les prometí que cuando se tratase de vengar la muerte de un hermano yo les acompañaría.

En 1863, cuando terminó el período del señor Montealegre, le sucedió en el poder el licenciado don Jesús Jiménez.

En esta primera administración de don Jesús Jiménez se cometieron algunas faltas, entre ellas la más digna de mención es la disolución del un Congreso, a causa de un desacuerdo entre el Poder Legislativo y el Ejecutivo. Sostenía el primero que los municipios podían ser diputados y el segundo la tesis contraria. Se resolvió el desacuerdo con el decreto de.....firmado por don Juan Ulloa.

CAPITULO CUARTO

En marzo de 1866 me encontraba yo en las vegas del río de Las Piedras, jurisdicción de Bagaces, empeñado en el cultivo de un campo de algodón, cuyo precio, a consecuencia de la guerra de los Estados Unidos, se había levantado lo bastante para hacerlo atractivo, cuando recibí una carta de mis parientes Manuel y Eduardo de la Guardia en la que me indicaban que había llegado el momento de cumplir la promesa que yo les había hecho de acompañarlos a Panamá, en donde intentaban fraguar una revolución para vengar la muerte de su hermano. Me pedían que viniese a esperarlos a Puntarenas con unos cuantos hombres que fuesen de mi confianza. En cumplimiento de mi oferta abandoné el trabajo y con ocho hombres en quienes tenía fe, me dirigí a Puntarenas a reunirme con ellos que traían seis hombres escogidos de la provincia de Alajuela. En uno de los vapores de tránsito nos embarcamos para Panamá, a donde llegamos el día de marzo. Desembarcamos los catorce hombres pretextando que eran peones destinados a la hacienda que los señores Guardia poseían en Santiago de Veragua. Mientras tanto yo me oculté con esa gente en una casa llamada de San José; por su parte, mis parientes arreglaban el

plan de revolución para derrocar al gobierno presidido por un señor Calancha.

El plan de la revolución meditado por los hermanos Guardia y algunos otros políticos de importancia en el estado, como don Agustín Arias, Gil Calonge, a quien debíamos proclamar presidente, porque aun cuando la revolución era conservadora, para que el gobierno de la Federación aprobara los hechos, era preciso que un liberal figurase en la presidencia del estado. El plan era como sigue: los oficiales del batallón Tiradores que el gobierno de Colombia mantenía allí para garantizar el tránsito de los trenes, estaban de acuerdo para sublevarse siempre que se capturara a su comandante el coronel Soto, a quien los soldados obedecían en todo trance. Me comprometí a la ejecución de este primer acto. Era necesario en seguida apoderarse de un depósito de armas de pertenencia de un extranjero con quien se convino en que dejaría la puerta de almacén mal cerrada, de manera que nosotros fácilmente pudiésemos apoderarnos de ellas, para distribuir las a las gentes que se nos adherirían en el curso de la acción.

Como a las cuatro de la tarde del 28 de marzo era la hora fijada para dar principio al movimiento. Salieron con su tropa a ejercitar algunas maniobras en la plaza principal, con el pretexto de que deseaba presenciarlas un jefe de Costa Rica, que era yo. En este momento me acercaba yo con cuatro de mis hombres armados de puñal a la puerta de la casa del coronel Soto, quien al tener noticia de la sublevación, bajó la escala de su casa para enterarse de la ocurrencia, acompañado de su hijo y de su ayudante. Al salir a la puerta, le puse mi revólver al pecho y otro tanto hicieron mis hombres con sus puñales con el hijo y el ayudante. Les intimé que entregaran las armas y se diesen presos, lo cual ejecutaron sin replicar y los conduje a una pieza de una casa que para el efecto estaba preparada. Allí los dejé custodiados por mis hombres, con puñal en mano.

En este momento atacaba una compañía del batallón la casa presidencial, defendida por cincuenta hombres y el resto del batallón había seguido a la Plaza de Santa Ana que estaba contigua a la puerta de las murallas que conducen al Arrabal, donde había un cuartel con cuatrocientos negros armados. Luego fueron algunos de los nuestros al depósito de armas del extranjero para distribuir las entre algunos nacionales que se habían presentado a apoyar la revolución. Mientras tanto la compañía de tiradores tomaba por asalto la casa presidencial y no capturaron al presidente Calancha, porque había huído por los tejados a ocultarse en las casas particulares. En ese momento me dirigí a la Plaza de Santa Ana a incorporarme a los oficiales Vallarino. Al pasar por el Cuartel de Policía, donde había unos doce o catorce hombres, los ví tan asustados por el movimiento revolucionario, me metí y les intimé rendición, que ellos efectuaron en el acto. Continué para la Plaza de Santa Ana donde el resto del batallón se batía con los negros del Arrabal que ocupaban el cuartel

y parte de la muralla. Al reunirse con los oficiales Vallarino, se acercaron a mí para consultarme sobre la situación, la cual era considerada peligrosa, por parte de ellos. Yo entonces aconsejé un ataque brusco, confiado en que nuestra tropa si bien menor en número, era de línea, mientras que la de los negros era tropa irregular. Como las tropas nuestras estaban desplazadas [más bien, desplegadas] en guerrilla, se ordenó un toque de corneta para concentrar las fuerzas. Se formaron de seguida tres guerrillas: una para cada uno de ellos y la otra para mí. Con ellas formamos tres columnas de ataque y al paso de carga marchamos simultáneamente contra el enemigo y mandamos a los tres cornetas que tocaran a degüello. Ese toque y el ruido de los doscientos hombres que llevábamos, marchando con calzado sobre el pavimento de piedras, aterró a los negros que estaban en la muralla, que huyeron en dirección a su cuartel. Como íbamos tras ellos, siguieron huyendo junto con los que estaban en el cuartel, que nosotros ocupamos. Todos estos negros se concentraron en las casas incendiadas de tiempo atrás en el Arrabal. Aquí se atrincheraron. Dejamos entonces una guardia en el cuartel y regresamos con el resto de la fuerza para atacar el cuartel de Chiriquí donde había quedado el Segundo Comandante del batallón con la guardia de prevención y los enfermos y después de un tiroteo que duró hasta las nueve de la noche, se rindió este y ocupamos el cuartel. En seguida montamos a caballo los capitanes Vallarino y yo, tomamos cada uno una guerrilla y fuimos a desalojar a los negros que estaban atrincherados en las ruinas del Arrabal⁷⁵. Ese ataque duró casi toda la noche porque era preciso ir tomando trinchera por trinchera. A las cinco de la mañana quedó libre el campo y regresamos a la ciudad. Dos días después me mandaron con un piquete de veinte hombres a someter el Departamento de Veraguas, lo cual ejecuté, porque no hubo resistencia, pues iba conmigo don Francisco de Fábrega, persona muy caracterizada que gozaba de gran prestigio entre los habitantes del Departamento. **(Al margen: Antes de partir para el Departamento de Veraguas, se me extendió el grado de coronel del Estado de Panamá)** Quince días después regresé a Panamá de donde fui llamado para enviarme como Comandante y Prefecto de Penonomé. Partí en seguida a ocupar el puesto, en donde permanecí como tres meses. Como la revolución fue el resultado de una coalición de conservadores y liberales, pues había sido necesario llamar a un liberal a la presidencia del Estado, mis parientes por quienes yo me había comprometido a tomar parte en el movimiento, no quedaron con la influencia que ellos deseaban; puse mi renuncia del puesto que desempeñaba para regresar a Costa Rica. Me fue aceptada y se envió en mi reemplazo a un señor Casanova, a quien puse en posesión de la comandancia y prefectura del Departamento. Ya en entera libertad arreglé mi viaje. Cuatro días después supe que había llegado una embarcación a Agua Dulce. El día de la marcha junto con el criado que llevaba mi maletilla, pasé a la oficina del señor Casanova a despedirme de él. Tomábamos la copa de despedida cuando llegó a caballo el señor

⁷⁵ Tengo la impresión de que se trata de las ruinas dejadas por los choques habidos durante el “incidente de la Tajada de Sandía”, en 1856. KWN.

don Salomón Ponce a dar parte de que 500 negros del Arrabal bien armados, al mando de un señor Olazagarra, acababan de llegar al pueblo de Antón y que venían a atacar la ciudad de Penonomé para seguir de allí a la villa de los Altos donde debían reunirse con 300 caucanos que habían desembarcado allí con el objeto de venir a derrocar al nuevo gobierno. Al conocer esta noticia el coronel Casanova me suplicó que me quedase ayudándolo, porque aún cuando tenía el grado de coronel él nada tenía de militar, proposición que acepté tanto por compañerismo como porque no creyeran que el rehusar era declaración de miedo. El coronel Casanova se alegró con mi aceptación y en seguida no más extendió el despacho en que me hacía comandante en jefe de las fuerzas de que él disponía, las cuales ascendían a 47 hombres, contando los oficiales. Acordamos el señor Casanova y yo retirarnos a Natá porque en nuestra ciudad no conseguiríamos un soldado más y carecía de toda buena condición que hiciese fácil la resistencia a una fuerza tan enormemente superior. Mientras que en Natá contábamos con bastantes partidarios y con mejores condiciones de defensa. Además nuestro pensamiento fue impedir que esta fuerza enemiga se uniera a la expedición de Cauca que había desembarcado ya en la Villa de los Santos con el fin de que el general Olarte que venía con fuerzas de Panamá los batiera antes de que recibieran el auxilio. Al llegar a Natá establecimos el cuartel en una capilla abandonada que llamaban La Soledad y la puse en condiciones. Estaba situada esa capilla frente a una plaza pequeña a los costados con calle de por medio, casas y por detrás se extendía el llano. Como aquí en Natá no habíamos podido conseguir un soldado, mandé un expreso a Santiago de Veraguas, en donde había unos doscientos hombres reunidos, defensores del gobierno. Mandaba a decir al comandante de aquella fuerza que lo era don Francisco Fábrega, hijo, que viniera con su fuerza o me la mandara, porque quería con ella y la que yo tenía, pasar a atacar a Penonomé, lugar ocupado por los negros, pues no se habían atrevido a venir a atacar a Natá suponiendo que allí teníamos mayores fuerzas organizadas. El comandante Fábrega me respondió que dentro de tres días estaría allí con la fuerza. Pero el día que las esperaba, con rancho listo, recibí una nota de él en la que me comunicaba que no venía porque había sabido que los negros habían pasado para el pueblo de San Francisco de Calobre. Yo comprendí que esto era un subterfugio y ordené la marcha para el día siguiente a las cinco de la mañana con dirección al cuartel del general Olarte, que de Panamá venía a atacar a los caucanos, acampados en un lugar llamado Las Brujas. Pero el día antes se nos había desertado un oficial, llamado Ricardo Díaz, quien se fue a Penonomé y avisó al jefe de los negros que nosotros no éramos más de cuarenta y siete. Entonces ellos se vinieron a atacarnos y yo tuve aviso sólo un cuarto de hora antes, por un sargento de mis avanzadas. Apenas tuve tiempo de hacer tocar generala. Llegando los últimos de los míos al cuartel, vimos a los negros desplegados en guerrilla venir por el llano. Fue esto como a las dos de la tarde. A continuación no más tomaron posesión de las casas adyacentes a la capilla y se rompieron los fuegos por una y otra parte. Así peleamos hasta la noche, y no se atravieron a dar el asalto,

porque estando nosotros bien atrincherados su osadía les habría costado mucha sangre. Contaban además con que nosotros, siendo tan pocos, nos rendiríamos. Como a las nueve de la noche pegaron fuego a la capilla que nos servía de cuartel, por la parte posterior. Esto produjo una gran alarma en mi gente, pero felizmente vino una lluvia fuerte y apagó el fuego. Una hora más tarde me gritaron que pues el fuego se había apagado, harían volar la capilla con un barril de pólvora. Efectivamente, oímos el golpe de la barra cavando junto a las paredes. Comprendí que esto era por amenazarme, porque al volar la capilla, habrían sufrido mucho todas las casas de los contornos. Mas como la gente se alarmara con esto y como al día siguiente habríamos tenido que capitular porque no teníamos víveres, no queriendo por mi parte ser su prisionero porque se habría ordenado fusilarme, como me lo ofrecían cuando me anunciaban que tomarían cognac en mi cráneo, reuní a mis oficiales en consejo de guerra y les propuse, como único medio de salvación, que rompiésemos la línea. Algunos se opusieron, pero al fin tuvieron que aceptar. Para ejecutar este proyecto formé toda la tropa y fui poniendo un oficial detrás de cada seis soldados; coloqué a la retaguardia a un capitán Vega, hombre valeroso, sereno de toda mi confianza y yo me puse a la cabeza después de prevenirlos que no perdieran la formación porque se trataba de ejecutar un movimiento falso para engañar al enemigo. Con esta formación salimos del cuartel simulando un ataque. El enemigo nos hizo unos disparos y se replegó en sus trincheras. Yo entonces contramarché a favor de la oscuridad de la noche y fingí que volvía sobre mis pasos para introducirme en el cuartel y seguí de lado hasta salir al llano, donde tomamos el camino de Río Grande. Con muchas precauciones porque temíamos la persecución. Sin embargo, había logrado mi objeto, pues engañé al enemigo, que creyó que habíamos vuelto a nuestro cuartel. Y como no tenían prisa en tomarnos desde luego que nos creían cercados, siguieron haciendo disparos sobre la capilla, hasta las siete de la mañana en que convencidos de que ya no había nadie, la ocuparon. A esa hora nosotros nos hallábamos bien lejos. Alcanzamos a la hacienda del un señor Rivera y allí conseguimos bestias para los oficiales y para unos pocos soldados que nos habían quedado, porque la mayoría de ellos nos habían pedido permiso para disolverse y volver a sus casas. De la hacienda seguimos para San Carlos que en puerto de mar a donde llegamos a los dos días y nos embarcamos en un bongo en dirección a Panamá. Según me contó después el general Olarte mi plan de situarme entre las fuerzas de Penonomé y la invasión caucana para impedir su reunión, lo salvó a él de una derrota, pues el mismo día que me atacaron a mí en Natá, atacó él a los caucanos en Las Brujas, en donde triunfó con mucha dificultad, a pesar de que no se habían reunido las dos fuerzas enemigas. Permanecí en Panamá algún tiempo y regresé luego a Costa Rica. Aquí me establecí en la hacienda Mojica, que pertenecía a mi hermano Tomás⁷⁶.

⁷⁶ Esta actitud del general Víctor Guardia haciendo una revolución en Panamá liquidó el éxito de la gestión diplomática del Dr. don José María Castro, quien se encontraba en Bogotá en ese momento, y parecía haber obtenido los mejores resultados en sus conversaciones con respecto a un arreglo limítrofe. RO.

En aquella época Knohr tenía el contrato de llevar un vaporcito al Bebedero. Entramos en negociaciones y yo me comprometí a hacer conducir la valija del correo y la carga destinada a Liberia, así como a suministrarle la leña necesaria para el vaporcito. Esta negociación me dejaba una renta de unos doscientos pesos mensuales, en moneda de oro de aquella época⁷⁷.

CAPITULO QUINTO

Hallábame en las condiciones a que he hecho referencia al final del capítulo anterior, cuando terminó la administración de don Jesús Jiménez; le sucedió el doctor don José María Castro, que por segunda vez llegaba a la presidencia.

En esta segunda como en la primera administración, protegió la instrucción pública y dio las más amplias libertades.

En el mes de setiembre de ese año (1867) fui nombrado Gobernador de Guanacaste, después de haber sido antes Jefe Político de Bagaces, por espacio de algunos meses. Conservé mi posición hasta el 1º de noviembre de 1868, día en que una sedición del cuartel, encabezada por los generales Lorenzo Salazar y Máximo Blanco, desconocieron la presidencia del Dr. Castro y proclamaron a don Jesús Jiménez que la ocupó por segunda vez.

Quiero explicar cómo fue la caída del Dr. Castro: seis meses antes de ser éste desconocido, propuso a don Julián Volio como candidato oficial para el próximo período. El general Máximo Blanco apoyó esa candidatura, no así el general Lorenzo Salazar que apoyaba la del licenciado don Aniceto Esquivel⁷⁸ y estaba resuelto a hacerla triunfar por medio de un golpe de cuartel, para cuyo fin sacó del Principal, que se hallaba a las órdenes del general Blanco, la mayor parte de los elementos de guerra. Este que comprendió la actitud de Salazar, al ver que lo dejaba sin elementos de guerra, se fue a casa del presidente Castro a dar cuenta de estos hechos y a pedirle la destitución de Salazar; pero el Dr. Castro se negó de una manera absoluta diciéndole que no era lógico que Salazar intentara derrocarlo cuando ya él iba a terminar su período y que con esta convicción él “dormía tranquilo en los regazos de Salazar”. Viendo el general Blanco que había sido imposible persuadir al presidente de que Salazar le traicionaba y sabiendo que se iba a dar el golpe en un día determinado, la víspera se dirigió a casa de Salazar y le dijo: “Sé que usted

⁷⁷ En realidad se trataba de un magnífico ingreso, para la época. KWN.

⁷⁸ En 1868 no era candidato don Aniceto Esquivel. A quien se proclamó para hacerle frente a la candidatura de don Julián Volio, fue a don Francisco Montealegre. RO.

desconocerá mañana al gobierno y estoy propuesto a sostenerlo y a que corra la sangre por las calles”. Salazar, que era cobarde, se amedrentó y aceptó la transacción que Blanco le propuso: ambos acometerían la empresa, pero con la condición de proclamar a don Jesús Jiménez. Así fue como vino éste por segunda vez al poder.

En esta segunda administración hizo un gobierno de círculo y muy localista. Abandonó la carretera nacional a Puntarenas con el pretexto de hacer una carretera a Limón, cosa impracticable por la gran distancia y las dificultades del camino y de la región por donde debía pasar, pues que allí las lluvias duran todo el año. Aún habiéndola concluido con el gasto de varios millones, debido a la mucha distancia, los fletes habrían sido el doble más caros.

Lo que deseaba era dotar a sus coterráneos de Cartago de una carretera que habilitase los terrenos de Turrialba y de toda esa zona.

Eso dio principio al desprestigio que envolvió a su persona en la capital y fue creciendo gradualmente con actos poco acertados. Llevó como ministro general al Dr. don Eusebio Figueroa, hombre de carácter duro y agresivo, bastante mal querido del público. Este ministro estableció un tercer cuartel con el nombre de Cívico, al mando del Sargento Mayor don Santiago Millet y lo dotó con oficialidad procedente de Cartago. Una vez que tuvieron ese apoyo, cometieron la inconsecuencia de dar de baja a los generales Blanco y Salazar, y a todos sus amigos que eran muchos⁷⁹. **(Al margen: Desterró el Sr. Jiménez al general Blanco. En Rivas enfermó; regresó a Costa Rica y quedó en Atenas.)** Esto unido al atentado que cometió levantando de los bancos del Congreso que estaba reunido a los diputados don Joaquín Fernández y don Juan Félix Bonilla, porque se negaron a aprobar un proyecto de ley que él inició, le hizo perder el prestigio que le quedaba no ya sólo en la Capital sino en el resto de la República. Pues bien, a pesar de las arbitrariedades y desaciertos en que el señor Jiménez incurrió, un Congreso servil lo declaró Benemérito de la Patria⁸⁰.

Don Jesús Jiménez que sintió como se le hacía el vacío a su alrededor, atribuyó este fenómeno a la antipatía que despertaba su Ministro General y resolvió enviarlo con una comisión a Europa y lo sustituyó con la persona de su hermano don Agapito Jiménez.

⁷⁹ Ninguna inconsecuencia fue dar de baja a los generales Blanco y Salazar, al contrario, es mérito de quien lo hizo: el Dr. don Eusebio Figueroa, Ministro de Guerra de Jiménez y hombre de extraordinaria energía. RO.

⁸⁰ Este término de *Congreso Servil* está aplicado al Congreso de julio de 1886, cuyo presidente era el licenciado Ascensión Esquivel, y sus secretarios los licenciados Andrés Venegas y Máximo Fernández. Don Víctor lo llama así por ser el Congreso del tiempo de don Bernardo Soto. Personalmente creo que don Jesús tenía méritos suficientes para ser declarado Benemérito de la Patria. RO.

Las personas principales de la capital, que no simpatizaban con el gobierno del señor Jiménez a causa de sus arbitrariedades, se entendieron con mi hermano el coronel don Tomás Guardia, para hacer la revolución al gobierno.

El plan de la revolución se reducía a proclamar presidente de la república a don Bruno Carranza después de que triunfaran las fuerzas revolucionarias, quedando como Comandante General el coronel Guardia.

Convenido esto, volvió mi hermano a su finca de Taboga a ponerme al corriente de todo, pues él había asegurado que entraría en la revolución si yo también entraba. Llegado a Taboga se dirigió a la hacienda de Mojica y me comunicó el proyecto de revolución que yo acepté en el acto. Arreglado esto, regresó mi hermano a la capital, habiendo acordado antes conmigo enviarme un propio a darme aviso cuando ya estuviese todo preparado. A los pocos días llegó mi hermano nuevamente a mi finca, hacia fines de marzo del 70, y nos vinimos juntos por tierra disfrazados, para eludir a los espías, en Bebedero y Puntarenas. De Esparta para acá caminábamos sólo de noche.

La víspera del día en que debería estallar el movimiento llegamos al Barreal, hacienda de don Francisco Echeverría, donde nos esperaba don Juan Luis Quirós, enviado por nuestros correligionarios, quienes nos mandaban a decir que nos devolviéramos porque el gobierno estaba en autos de la revolución y que había desmantelado el cuartel de Alajuela, para que al tomarlo nosotros nos encontrásemos sin elementos de guerra y tomarnos prisioneros a todos. Regresamos bien descontentos de no haber obtenido resultado alguno después de un viaje tan penoso. Al llegar a nuestras fincas íbamos convencidos de que era una simple invención lo que se nos había dicho, porque habían sentido miedo de que fracasara la revolución, a pesar de que ninguno de ellos iba a exponer su vida.

Convinimos entonces en que mi hermano el coronel Tomás Guardia vendría a la capital a disponer un nuevo plan para tomar los cuarteles y que me mandara un propio cuando eso fuera oportuno.

El 22 de abril, encontrándome en Mojica, recibí una carta de mi hermano, traída por un criado de mi hermano, en la que se me hacía saber que todo estaba listo para el 27 de abril. Salí de la finca acompañado del posta y de mi criado Joaquín Rayo, pretextando que iba a la cordillera a buscar unas minas, porque me tenían un espía, un tal Manuel Paniagua, en el Bebedero, con el fin de que vigilase los caminos que tomara. Seguimos por tierra y el 25 de abril, en la casa nacional de la Garita encontré al entonces teniente don Concepción Quesada, mandado allí a esperarme por mi hermano Tomás, para que me condujera a la hacienda de don Ventura Carazo,

situada en Mata Redonda. Aquí debíamos reunirnos los que íbamos a asaltar el cuartel. El 26 pasamos el día afilando cuchillos, preparando los revólveres, armas con que debíamos dar el asalto y arreglando dos carros cerrados, con guate encima, dentro de los cuales debíamos venir ocultos hasta la puerta del cuartel. Mi hermano Tomás hallábase muy vigilado por el gobernador de Alajuela, don Salvador Lara, tanto que al día siguiente al tomar posesión del palacio de gobierno, estaba un telegrama del señor Lara en el que se decía que el espía que allí se le tenía, había dado cuenta de que mi hermano, a las nueve de la noche, lo había encontrado un tanto enfermo.

Pero él salió por los solares, salvando tapias y llegó a la una de la mañana a la Sabana en donde se reunió con nosotros.

El plan para la toma del Cuartel de Artillería se fraguó en la Sabana, en la finca de don Buenaventura Carazo y consistió en esto:

Dos carretas de cajón doble y cerradas por los cuatro costados, con puertas falsas, así como por la parte superior, llevarían a los revolucionarios y para disimular mejor el contenido se rematarían con una carga de guate⁸¹. Con el fin de que la puerta del cuartel se abriera, don Pedro Quirós, que había entregado a un chalán que tenían caballeriza en el cuartel, un caballo de su propiedad, se presentaría montado a la puerta, pretextando que deseaba dejarlo allí, como de costumbre. En el momento preciso el carretero debería gritar ¡Hesa! y a esta señal los revolucionarios saldríamos de las carretas y nos lanzaríamos al cuartel, teniendo cuidado de poner una cuña a la puerta, para lo cual debía llegar en ese momento Eliseo Quirós, hijo de don Pedro, con la cuña hecha. En ese mismo momento, junto con nosotros debía presentarse don Fadrique y don Mercedes Gutiérrez, don Pablo Quirós, que debía prender al centinela y desarmarlo. Además acompañaba a don Pablo, Federico Velarde. Para asegurar el triunfo don Francisco Brenes debía hallarse en los alrededores con veinticinco hombres de Guadalupe; don Juan Félix Bonilla, con algunos otros, esperaba en el interior de una casa la noticia del asalto para recurrir en nuestro auxilio; don León Fernández, con diez hombres armados, esperaba una señal en casa de don Teodorico Quirós para dirigirse a la casa situada en la esquina opuesta en la cual habitaba el presidente don Jesús Jiménez. Esa señal estaba a cargo de don Buenaventura Carazo, que debía estacionarse a una cuadra del cuartel, para en el momento en que los revolucionarios entrásemos al cuartel, dirigirse a la esquina del Carmen y hacer la señal a don León Fernández.

Tal era el plan.

El día 27 de abril de 1870, a las nueve de la mañana, salimos del llano de Mata

⁸¹ Forraje seco para caballerías. KWN.

Redonda. En el carro delantero, el más grande de los dos, veníamos siete hombres: capitán don Próspero Fernández, teniente don Egidio Durán, teniente don Joaquín Rojas, subteniente Lisímaco Gallegos, subteniente Horacio Carranza, subteniente Teodulo Loaiza, subteniente Raimundo Jiménez. Teniente don Concepción Quesada, subteniente Guillermo Solórzano y Francisco Cordero, y mi hermano el coronel don Tomás Guardia, iban en la segunda carreta. Yo encabezaba la primera, a pesar de que mi hermano había disputado ese puesto.

El grupo de los que íbamos en las carretas estaba dividido en tres comisiones: la primera, a mi cuidado, estaba encargada de atacar y desarmar a la guardia; la segunda se dirigiría a la sala de banderas y a los dormitorios de los oficiales francos; la tercera, se encaminaría al encuentro de los soldados francos.

Cuando la primera carreta se detuvo frente al cuartel don Pedro Quirós, a caballo, hizo abrir la puerta, y el carretero, Joaquín Rayo, gritó ¡Hesa!. Al instante arrojé la compuerta, salté y penetré en el cuartel, seguido de mis compañeros y atacamos la guardia. Tal fue el espanto que los soldados se pusieron en pie y luego cayeron sobre sus bancos. Con el puño de mi revólver, golpeando las cabezas, me bastó para desarmar unos cuantos hombres. Detrás de mí el tiroteo, e igual cosa hacían mis compañeros; de modo que en poco más de un minuto la guardia quedó desarmada. La comisión encargada de prender a los oficiales, los halló durmiendo porque en la noche anterior habían velado en espera de la revolución que ya ellos sospechaban. Allí se apoderó la comisión de las armas y los dejé presos en su dormitorio. La tercera comisión, encontró en semejantes condiciones a los soldados francos y se apoderó de sus armas.

El comandante del cuartel, coronel Biscoubi, que había almorzado allí mismo porque esperaba de un momento a otro el movimiento, salía en ese instante de los lugares excusados y gritó a la tropa al mismo tiempo que disparaba su revólver. Uno de los nuestros, Horacio Carranza, tiró sobre él y le dejó tendido con una bala en la frente. Era este comandante un hombre de valor y de honor; habría muerto de todas maneras, porque no habría consentido la vida después de que se le hubiese tomado el cuartel, al frente del cual se le había puesto.

El oficial de guardia y el de retén también fueron muertos porque daban voces de mando para animar a sus soldados para que resistieran a los asaltantes.

Con esto quedamos dueños del cuartel porque los oficiales estaban presos y los soldados francos se habían rendido.

En seguida no más envié al capitán Concepción Quesada, al capitán Solano y a

Egidio Durán con tres guerrillas a sitiar el Cuartel Principal con los mismos soldados del gobierno porque las gentes que debieron haber llegado en nuestro auxilio tardaban demasiado.

Mandé asimismo situar dos cañones de 18 frente al Cuartel Principal, al lado sur de la Plaza. En esta situación mi hermano el coronel Guardia mandó intimar la rendición dentro de diez minutos, al cabo de los cuales se haría caer el cuartel. Don Agapito Jiménez, hermano del señor presidente, y Ministro General, acababa de entrar a este cuartel, al cual se dirigió en cuanto supo la toma de la Artillería y al recibir la intimación mandó poner bandera blanca y rindió el cuartel a nuestras fuerzas.

Antes de esto, inmediatamente después de que se tomó el cuartel, mandé al teniente Federico Velarde con ocho soldados de los que se habían rendido en la Artillería a proteger la captura del señor presidente Jiménez, a quien encontraron ya de camino en un coche en el cual le conducían preso don Juan Manuel Carazo, padre, y don Juan Carazo, hijo⁸², quienes lo encontraron en la calle yendo en dirección del Principal, pues un señor llamado por mal nombre “Mataviejas”⁸³ había llegado corriendo a avisarle que estaba tomado el cuartel de Artillería. El licenciado Fernández lo dejó salir sin capturarlo, porque ignoraba si se había tomado o no el cuartel, pues don Ventura Carazo no se presentó a hacerle la señal convenida. En el momento en que los señores Carazo ponían preso al señor Jiménez salieron en defensa de éste don Carlos Moya y don Francisco Oreamuno, su cuñado, los cuales fueron heridos por los mismos señores Carazo.

En ese instante llegó Velarde con su escolta que le sirvió para custodiar el coche que se dirigió a la Artillería, en donde estuvo preso algunas horas el presidente Jiménez hasta la tarde en que se le condujo a la casa del Dr. Espinach, que fue elegida por él para su prisión. Aquí quedó arrestado, sin escolta ninguna, bajo su palabra de honor. Más tarde llegó don Lorenzo Castro, que estaba ofendido con él, porque había confinado en Liberia a su hermano Ramón Castro, quien había muerto allí de una fiebre. Trató de atacar personalmente al señor Jiménez y por este motivo se le puso una guardia que hiciese respetar su persona. Al día siguiente se le mandó a dejarlo a su casa en Cartago, con una escolta de oficiales elegidos por él mismo para asegurar su persona, pues en esa época era muy odiado.

Una vez dueños de los cuarteles nos llegó gente de todas partes y a las tres de

⁸² En publicaciones de la época he leído que don Jesús Jiménez fue hecho preso por don Buenaventura Carazo. RO.

⁸³ Así se le decía a don Dionisio Jiménez (este murió en 17 de diciembre de 1862, por lo que debe ser otro). RO.

la tarde teníamos más de mil hombres sobre las armas.

Cuando nuestras fuerzas pidieron la rendición del Cuartel Principal, se hallaba ausente su comandante don Santiago Millet, quien, viendo que no podría entrar a su cuartel, se dirigió a Cartago a reunir soldados con el fin de recuperarlo. Al saber nosotros que venía sobre esta capital con 500 hombres que había reunido en Cartago, se mandó al capitán don Próspero Fernández con 400 hombres a batirlo. Estos se acamparon en el lugar llamado Buriogre⁸⁴, porque las fuerzas de Millet estaban ya a muy poca distancia, tanto que los centinelas de una y otra avanzada se miraban. Pero en la misma noche salieron de aquí varias comisiones para Cartago⁸⁵ y lograron que Millet se retirara con su fuerza y se rindiera, convencido de que sólo iba a provocar un derramamiento de sangre, sin provecho positivo para su causa, pues el cuartel de Heredia había sido tomado simultáneamente con el de San José. El Municipio había enviado una acta adhiriéndose a la revolución, como ya había hecho el de la capital. La provincia de Alajuela por entero se había declarado del lado de la revolución y el comandante había entregado el cuartel.

La revolución proclamó presidente provisorio al licenciado don Bruno Carranza, quien fue reconocido en ese carácter por los municipios de las cabeceras provinciales y gran número de ciudadanos de la república. Las provincias de Guanacaste y Puntarenas, en cuanto conocieron el movimiento, se adhirieron a él por el intermediario de los municipios y por las firmas numerosas de los principales de las ciudades.

Esa noche tuvimos algunos presos en el Principal, de donde yo había sido nombrado comandante. A ellos los dejé dormir en un mismo cuarto y al día siguiente los pusimos en libertad.

Los ministros del señor Carranza fueron: para la cartera de Guerra, don Buenaventura Carazo.....

Fui ascendido a general de brigada, como mi hermano Tomás, a quien se hizo Comandante General.

Instalado así el gobierno se procedió a elecciones y se formó un Congreso constituyente que se llamó Convención para que dictara la Carta Fundamental. En esta asamblea había varios enemigos encarnizados del señor Jiménez que querían llamarlo a juicio, pero todos los que habíamos triunfado en la revolución presentamos

⁸⁴ Lugar cercano a Curridabat. RO.

⁸⁵ Se envió una comisión constituida por los señores Juan R. Carazo, Luis D. Sáenz y Napoleón Escalante. RO.

un escrito pidiendo que no se le juzgara, solicitud que fue oída. El señor Jiménez permaneció en su casa sin que nadie lo molestara.

Esta convención de la que yo formaba parte, comenzó sus trabajos de Constitución. Eramos miembros de ella:.....

Cuando principiaron las sesiones de la Convención el Sr. Carranza comprendió que no sólo teníamos mayoría en esta mi hermano y yo sino que teníamos gran prestigio en todo el país y trató del modo como nos eliminaría, para quedar él con sus amigos, dueños de la situación. Con tan falaces miras, principió por dar de baja, poco a poco, a los oficiales que nos eran adictos y dando de alta a otros que siéndonos desafectos, le pertenecían a él y a los suyos. Tanto mi hermano Tomás como yo comprendimos el lazo que se nos tendía y nos apercibimos a la defensa, aceptando obedientes las órdenes que se nos impartían. Esta sumisión alentó al señor Carranza, en la creencia de que nos engañaba y un día mandó poner un acuerdo en el Ministerio de la Guerra dando de baja a 16 de nuestros oficiales y de alta a un número igual de oficiales de su devoción. Como el ministro de Guerra don Buenaventura Carazo se negara a firmar este acuerdo porque comprendió que sería la caída del señor Carranza, porque conocía nuestra actitud, ordenó al subsecretario, don Alvaro Contreras, que lo firmara, y también se negó a firmarlo. Estas negativas le hicieron comprender que no nos había engañado y que era impotente para eliminarnos. En tal situación se despechó y el día de julio elevó su renuncia a la Convención, que se la aceptó.

Armáronse entonces numerosas intrigas con el fin de elevar a la presidencia a alguno de los Montealegre (don Francisco, don José María) pero pronto se convencieron de que teníamos la mayoría. Habiéndose convencido de esto optaron por lanzar el nombre de don Joaquín Lizano, como candidato de transacción para atraerse los votos de los diputados por Heredia, que nos pertenecían, ofreciéndoles que votarían con ellos. Y aunque los heredianos, lizanistas por de contado, se aliaron con los montealegristas, para votar por Lizano, faltando aquellos a la palabra que nos habían dado, siempre triunfó la candidatura de mi hermano el general don Tomás Guardia, por cinco votos de mayoría⁸⁶.

(Ministerio? Salvador González, ministro de Hacienda, principió como escribiente, familia de segunda)

Viéndose derrotados en esa elección los señores Montealegre apelaron a otro género de intrigas: trataron de ganarse a don Buenaventura Carazo, Ministro de la Guerra, a quien ofrecieron la presidencia. Seducido el señor Carazo, comenzó por

⁸⁶ Dos votos de mayoría. RO.

llevar oficiales de su adhesión a los cuarteles. Sin embargo, pronto notó que conocíamos sus planes y se retiró del ministerio, lo mismo que don Juan Rafael Carazo.

Salido el señor Carazo (don Buenaventura) del ministerio se dirigió a El Salvador, en donde al poco tiempo entró en negociaciones para obtener que asociados El Salvador y Guatemala, viniesen a Costa Rica a derrocar el gobierno del general Guardia. Sus planes fracasaron porque el gobierno de Guatemala no creyó conveniente aceptarlas.

Los Montealegre, don Antonio Salazar, Pinto, Carranza y todos los opositoristas cuando comprendieron que no podrían dar en tierra con el gobierno del general Guardia, salieron del país para ir a establecerse en Europa o en los Estados Unidos, de donde regresaron algunos arruinados.

CAPITULO SEXTO

Recién establecido el gobierno del general Guardia, pensó éste en ejecutar un ferrocarril a Limón, para lo cual se sintió la necesidad de un empréstito que habría de contraerse en Londres. Con el objeto de discutir el empréstito nos reuníamos en casa del presidente, don Manuel Alvarado y yo. Pero viendo el señor Alvarado, por el curso de las discusiones, que yo sería un obstáculo para que consiguiese él todo el provecho que imaginaba, valiéndose de la falta de pericia de mi hermano en esa clase de negocios, le hizo ver que no había necesidad de que yo concurriese a las sesiones diciéndole, para halagar su amor propio, que él era el único responsable y que no tenía necesidad de consultarse conmigo para nada. Desde ese día ya no se me admitió en las discusiones y el señor Alvarado logró lo que deseaba, salir él a levantar el empréstito y alcanzar una suma de cerca de 300.000 pesos oro, razón por la cual no volvió a Costa Rica, pues era un acto ilegítimo.

Algún tiempo más tarde tuve otro desacuerdo con el presidente y nuestras relaciones fueron un tanto más frías. A poco, habiendo ido yo a mi hacienda, tuve conocimiento que durante mi permanencia en ella él suprimió la Comandancia General que estaba a mi cargo y me nombró Ministro de Guerra, cargo que renuncié, pues no estaba conforme con la política seguida por mi hermano y me retiré a la vida privada.

El empréstito se llevó a cabo en dos partidas, una de un millón de libras al 6% y la segunda por igual suma al 7%. Con la primera se construyó el ferrocarril central de Cartago a Alajuela y el ramal de Esparta a Puntarenas. Una parte de este

empréstito quedó en manos de los comisionistas y de los banqueros mismos. De modo que el empréstito es nominalmente muy superior a la suma real que vino al país.

Pues aunque del primer empréstito los banqueros dieron al presidente una prima de £ 60.000, él la dejó en poder de los licenciados Crisanto Medina y León Fernández, para que con este dinero compraran bonos y no dejaran decaer las acciones del empréstito.

Algún tiempo después faltando dinero para la amortización e intereses de la deuda, mandó a don Luis D. Sáenz con una letra contra los señores Medina y Fernández, con cuyo dinero se pagó intereses y amortización del empréstito.

Al terminar el general Guardia su primer período en la presidencia, las personas más caracterizadas de la oposición fueron a proponerle mi candidatura. El les contestó que no tenía inconveniente, pero que antes debían entenderse conmigo y al efecto vino a mi casa y me contó la proposición que se le había hecho, la cual estaba dispuesto aceptar a condición de que yo no diera de baja a los comandantes Pablo y Pedro Quirós, personas que no merecían mi confianza y que habían sido la causa principal de que yo me retirase de la política⁸⁷. Yo le contesté que no

⁸⁷ Para comprender bien esta actitud de don Víctor Guardia con respecto a los señores Quirós, transcribimos aquí lo que dice el Dr. Lorenzo Montúfar en sus "Memorias Autobiográficas", páginas 561 a 564. "Entonces se me presentó una dificultad muy desagradable. Era comandante general Víctor Guardia, hermano del presidente. Sobre el ánimo de Víctor ejercían influencia individuos acostumbrados a dominar la política del país, los cuales bajo el régimen de Guardia se hallaban sin valimiento.

Ellos hicieron creer a Víctor que Pedro y Pablo Quirós conspiraban contra las personas que Guardia había dejado en el poder y contra el mismo Guardia, lo cual era enteramente falso.

Un día como a las cuatro de la tarde supe que el Comandante deseaba comunicarme un asunto grave (*Montúfar era Ministro de Guerra*)

Ese mismo día visité la Comandancia y allí encontré a Víctor Guardia muy agitado diciendo: "Son unos traidores".

Le pregunté detalles y me dio algunos tan erróneos que no pude dejar de comprender la fatal intriga que se jugaba.

Me dijo lo siguiente: "Anoche a las once Pedro Quirós se paseaba con unos desconocidos en actitud sospechosa por el barrio de San Juan, tratando de reunir gente"

Pedro Quirós había estado conmigo desde las ocho hasta las doce de la noche, hora en que se retiró a su casa.

Le contesté a Víctor: "Hay falsos informes dados por hombres que pretenden hacernos víctimas para apoderarse del gobierno contando con la ausencia de don Tomás, y es preciso tener cuidado. Lo que le han dicho a usted es falso y de esta falsedad estoy perfectamente convencido".

Víctor Guardia no cedió ante la evidencia y fue a casa del presidente interino (licenciado José Antonio Pinto) a decirle horrores contra los señores Quirós, sugiriéndole la idea de que los mandara a prender aquella misma noche.

Pinto me mandó llamar al instante y me dijo: "Vaya usted al Cuartel Principal donde se está siguiendo una causa contra los Quiroses e impida usted que Víctor Guardia tome ninguna resolución definitiva"

Inmediatamente me dirigí a ese cuartel y encontré todos los preparativos para dar un golpe.

Me fue preciso usar de toda la autoridad y de todo el poder que el Ministerio me daba para que se

ambicionaba la presidencia y que si aceptaba la candidatura sería sin condición de ninguna clase; pues yo no podría ejercer el poder teniendo como comandantes de los cuarteles a hombres que como ya dije, no eran dignos de mi confianza. A esto respondió que siendo así se opondría a mi elección. Le repliqué que hiciera lo que a bien tuviese, pues que tenía el poder en la mano. Algunos días después llamó al licenciado don Aniceto Esquivel y le propuso la candidatura a condición de no remover a ninguno de los jefes militares. El señor Esquivel aceptó con entusiasmo, porque ambicionaba la presidencia y abrigaba la firme resolución de desprenderse del general en cuanto se encontrase firme en el solio. Para lo cual se había puesto de acuerdo con la oposición. La víspera de la elección del señor don Aniceto Esquivel (elecciones) dio orden el presidente Guardia, mi hermano, por telégrafo, a los gobernadores de provincia que ordenaran a las mesas electorales, escogidas ad hoc, que eligieran presidente de la república al licenciado Aniceto Esquivel, lo cual efectuaron sin replicar palabra, tal era la disciplina que había impuesto a sus empleados.

Llegado el 8 de mayo del 74 tomó el licenciado don Aniceto Esquivel posesión del mando, nombrando al ex-presidente Guardia General en Jefe del ejército de la república como había quedado convenido.

Poco tiempo después se hizo dar del señor Esquivel una misión ante los gobiernos de El Salvador y de Guatemala y salió dejando órdenes a los comandantes de los cuarteles para desconocer al señor Esquivel en el caso de que este tratara de desconocer su tutoría. Como hacía tiempo que yo estaba separado de la política, el señor Esquivel me nombró gobernador de la provincia de Alajuela, cargo que acepté, aunque estaba seguro de la inconsistencia de su administración.

reportara el Comandante General; pero Víctor no se calmó y fue preciso preparar los cuarteles para una emergencia.

Federico Velarde era comandante o sea primer jefe del Cuartel Principal y a la mañana siguiente amenazó a Pedro Quirós diciéndole que iba a hacer fuego sobre su cuartel, pero que no tuviera cuidado, porque procuraría que los tiros no hicieran víctimas.

Pedro Quirós contestó a Velarde en los siguientes términos (son sus propias palabras): “Pues yo no haré tiros al aire. Voy a apuntar bien. Tenlo entendido”

Los consejeros de Víctor, viendo aquella actitud, no se atrevieron a romper hostilidades, y pasando bajo las horcas caudinas se comprometieron a esperar que regresara Guardia, a quien el Ministerio había llamado con urgencia.

Si el Comandante General no hubiera sido hermano del Presidente, el asunto habría sido para mí muy fácil. Estaba indicado por las leyes militares.

Debí yo destituir a Víctor y hacerlo juzgar en Consejo de Guerra.

Pero la consideración de que era hermano del presidente, me detuvo y empleé medios pacíficos con los cuales pude mantener la situación rechazando absurdas pretensiones hasta que regresó a San José el presidente de la República. . .”. RO.

El....del mes de....⁸⁸los señores comandantes de los cuarteles de Artillería y Principal, Pedro y Pablo Quirós, averiguaron o supusieron que el señor Esquivel trataba de eliminarlos y desconocieron su autoridad, nombrando presidente provisorio al Dr. don Vicente Herrera. Este golpe de estado fue reconocido por todos los militares, los municipios y gran número de ciudadanos de toda la república. Cuando el comandante de la provincia de Alajuela, el general don Próspero Fernández, llegó a mostrarme el acta que se había firmado en la capital, desconociendo al presidente Esquivel y proclamando al señor Herrera, le manifesté yo que aunque aceptaba el movimiento no era sobre las bases indicadas en el acta que me presentaba, porque carecía de programa, lo que daba el nuevo gobierno el aspecto de una dictadura sin restricción alguna. Esta objeción contrarió al comandante Fernández. Yo agregué que convocaría inmediatamente al municipio para que la juzgase y firmase, si esto era su opinión, pero que yo no la firmaba. Reunida esta corporación les presenté el acta que me había traído el general Fernández. Les indiqué que si era de su aceptación la firmaran. Entonces me respondieron que si yo la firmaba ellos lo harían. Repliqué que aceptaba el movimiento, no así el acta por la vaguedad de los términos en que se hallaba concebida, pues no respondía a ningún programa y solo establecía una dictadura sin cortapisas. Encargáronme entonces de redactar una acta y que ellos la firmarían. Dicté una aprobando el movimiento, pero a condición de que a la mayor brevedad posible debía convocarse una asamblea constituyente para que promulgara una nueva Carta Fundamental con arreglo a los principios republicanos y democráticos.

Esto desagradó altamente a mi hermano el Dictador cuando lo supo y dio orden al Dr. Herrera para que me destituyese de la Gobernación de Alajuela. Este me pidió mi renuncia, mas como yo me negara a ponerla, el Dr. Herrera no queriendo destituirme me nombró individuo del Consejo de Estado, con lo cual dejé de ser gobernador, renunciando además el cargo de Consejero, para volver nuevamente a la vida privada.

Al regresar mi hermano, el general Guardia, ya fuese por desconfianza en el señor Herrera, ya porque no quisiese gobernar por interpósita mano, asumió el mando y quedó de hecho establecida la dictadura. **(Al margen: Fueron Ministros: don Ramón Aguilar, Salvador Jiménez, Salvador González, Luis Sáenz, D. Castro, Francisco María Iglesias, Montúfar)**

Durante el período de la dictadura fraguáronse diferentes planes revolucionarios que tuvieron muy pocos resultados prácticos, como no fuese el destierro de alguna que otra persona. La tentativa más fructuosa fue la de don Zenón

⁸⁸ El 30 de julio de 1876. RO.

Castro, que sobornó a un cabo para que se apoderase de las llaves del comandante y abriese la puerta del cuartel. Estaba encargado además de suministrar a los soldados de la guardia, aguardiente con opio. Llegado el día. . .⁸⁹ habiendo salido el comandante, el cabo abrió la puerta después de haber embriagado a la guardia. Don Zenón penetró con algunos de los suyos, más como se encontraron con que los que se habían comprometido a seguirlo no se presentaron, tuvo que retirarse dejando dos muertos de los suyos, José Antonio Chamorro y un joven bombero⁹⁰. Por parte del gobierno murió el capitán Pedro López. El presidente, general Guardia, tuvo conocimiento de que se hallaban en el interior del cuartel y se preparaba para rodearlos cuando recibió aviso de que ya se habían retirado.

Después de estos acontecimientos el presidente quiso constituir el país, deponer el mando y retirarse a la vida privada. La Constituyente se instaló habiendo sido elegida con entera libertad. El señor don Julián Volio⁹¹, en la creencia de que mi hermano obraba aconsejado por el temor, y fiado en la creencia de que tenía la mayoría de la asamblea, descargó rudos ataques contra el presidente, el cual, una vez agotada la paciencia, decretó la disolución de la Constituyente y continuó su gobierno dictatorial.

En el mes de. . .⁹² de 1881 se fraguó un nuevo plan revolucionario, del cual sería director el grupo de la oposición, con la connivencia de don Pedro Quirós, Comandante de Plaza, a quien se proclamaría presidente. Consistía el plan en asesinar a mi hermano en el puente de la calle de la estación, formar un motín en la Plaza de la Artillería y proclamar al general Pedro Quirós presidente de la república. El general Quirós había sido elegido designado y mi hermano le había hecho creer que al abandonar el mando lo haría en sus manos y como esto tardaba resolvió, impulsado por la oposición, tomarlo a la fuerza.

Se señaló, para la explosión del movimiento, un día sábado con el fin de disimular la afluencia de las gentes en él comprometidas, pues siendo ese día de feria afluye mucha gente al mercado.

El general Guardia tuvo noticia del movimiento así como de que este sería apoyado por el general Quirós; pero se limitó a tomar medidas preventivas en secreto. Ya sea porque los revolucionarios trascendieron [barruntaron] que el gobierno estaba en autos o que tuviesen alguna contrariedad, pasó la hora en que debía estallar y lo

⁸⁹ El 29 de julio de 1877. RO.

⁹⁰ Esto de bombero no sé si será algún error de copia. El nombre de la víctima fue Ramón Brenes. RO. Podría tratarse de alguien dedicado a fabricar o utilizar bombetas de turno, o algo así. KWN.

⁹¹ El licenciado don Julián Volio atacó a Guardia y a su régimen por principios; fue un enemigo valeroso y tuvo que soportar el castigo del Dictador. RO.

⁹² En el mes de mayo de 1881. RO.

difirieron para otro día. Como a las tres de la tarde, viendo el presidente Guardia que ya se habían disuelto los grupos de gente, sin que nada hubiese ocurrido, interrogó al general Quirós que en ese momento entraba en el palacio presidencial, si sabía él que ese día debía estallar una revolución y cuál era el plan. El general Quirós contestó fingiendo mucha serenidad, que sí sabía y que el plan era asesinarlo a él, presentarse un grupo numeroso frente al Palacio, desconocer el gobierno de Guardia y proclamarle a él, Quirós, calculando que los apoyaría con las armas, después de haber aceptado. El general Guardia entonces le replicó con tono sarcástico. “Ya sé yo que ese era el plan; pero usted, general Quirós no contaba con la huéspeda, pues el señor -indicándole a don Raimundo Jiménez, que estaba presente y que era el comandante del Palacio Presidencial- tenía orden mía de fusilarlo a usted, arrimado a esa pared, inmediatamente que supiese que yo había sido asesinado. Quirós se puso mustio y no añadió ni una palabra.

NOTAS: Don Salvador Jiménez, siendo ministro trató de traicionar estimulado por la oposición, que le hizo creer que era él su candidato. Arrastró en sus intentos a su suegro don Ramón González, hombre que a pesar de su origen humilde había adquirido con su inteligencia y actividad para los negocios, una regular fortuna. Había sido amigo particular de mi hermano, quien al conocer sus tentativas para secundar a su yerno, lo mandó al destierro, a San Lucas, de donde volvió ya medio paralítico, acto que yo juzgo cruel porque no estaba en armonía con su habitual generosidad. Don Salvador Jiménez salió del país.

Punto importante de un plan fraguado contra el gobierno del general Guardia era el asesinato del mismo que habría de ejecutarse en Desamparados, donde se la había preparado un banquete. Aquí sus enemigos lo prenderían y le darían muerte. El general se presentó y sus enemigos, desconcertados, no se atrevieron a nada. El jefe de esta intentona era don Federico Fernández. Este que había acumulado una fortuna considerable negoció un empréstito de £ 100.000 que él invirtió en parte en la propaganda revolucionaria. Desembarcó en Puntarenas, tomó posesión del puerto y compró a Santos Urbina y Juan Rafael Muñoz en doce mil pesos para que tomaran el cuartel de Liberia. Ellos lo hicieron, sin resultado favorable para el señor Fernández porque este al día siguiente de su desembarco volvió a bordo, porque supo que pronto llegaban fuerzas al puerto y no podría resistir. Urbina y Muñoz que se habían ganado a algunos individuos de la banda, penetraron en el cuartel, se pronunciaron contra el gobierno, y pusieron doscientos hombres sobre las armas, casi todos de Nicaragua. Pero como el presidente se dirigiera en persona a Liberia con 200 hombres de Alajuela, Urbina y Muñoz, que lo supieron, se fueron para Nicaragua. Habiendo previsto esto el general Guardia, a su paso por Puntarenas mandó el vaporcito “General Cañas” a la bahía de Salinas para cortarles la retirada. Allí desembarcaron los 25 hombres y marcharon para Liberia a encontrar a los prófugos, encuentro que se

verificó en la cuesta de la Cruz, donde tomaron prisionero a Santos Urbina y quedó muerto Moisés Castro. Sólo Juan Muñoz, huyendo a caballo, se salvó.

NOTA: Primera salida del presidente Guardia.

El año de 187 , cuando yo me hallaba retirado del gobierno, mi hermano el presidente Guardia quiso hacer un viaje de negocios y de paseo por Europa. Pretendía investigar personalmente las condiciones del primer empréstito e imponerse de los arreglos del segundo.

Me llamó para comunicarme sus deseos y me pidió que aceptase el Ministerio de Guerra y el mando en jefe del ejército, porque de otra manera no podría emprender su viaje. La presidencia le fue conferida al designado don José Antonio Pinto.

Durante toda esa ausencia hice frente a la situación, sin que ningún desorden turbara la tranquilidad del país. A su regreso, no estando de acuerdo en todos los detalles de su política, me retiré nuevamente a la vida privada.

El presidente Guardia fue tan generoso que en vez de ponerle en prisión (al general Quirós) o siquiera destituirlo, lo dejó todavía en su puesto.

Esa misma tarde el coronel don Raimundo Jiménez solicitó permiso del Comandante de Plaza, el general Quirós, para dirigirse al día siguiente a su hacienda “El Raicero”, situada a dos leguas de esta ciudad. El coronel Jiménez salió temprano de la mañana, tranquilo, pues sólo el general Quirós sabía de su viaje. Como a la mitad del camino le salió a hablarle un tal Rudecindo, cuyo apellido no recuerdo, con pretexto cualquiera. El coronel Jiménez, sin ninguna sospecha, lo dejó acercarse y cuando estuvo al pie del estribo le descargó dos machetazos: el primero en el brazo que el coronel Jiménez interpuso para esquivar el golpe; el segundo en la cabeza, causándole así dos heridas graves que lo hicieron venir a tierra y luego el asesino echó a correr por entre los potreros. En ese momento llegó, por casualidad, un hijo político del coronel, que lo metió en una casa, montó en el mismo caballo que estaba ensangrentado y vino a contar el caso al presidente Guardia, el cual acababa de llegar al Palacio después de haber hecho un paseo a pie, contra su costumbre de hacerlo en coche. Cuando el general Guardia se preparaba para salir con el señor don Eduardo de la Guardia, pariente suyo, vio en un rincón de la antesala del palacio al general Quirós conversando misteriosamente con su cuñado don Santos Aguilar, sospechó alguna trama nueva y resolvió hacer su paseo a pie. Dio una vuelta por los alrededores del oeste, y entró en el palacio por la puerta de atrás. En ese momento le llegaba la noticia del asesinato de Raimundo Jiménez. Para el general Guardia se

había dispuesto un asesino en el puente de la calle de la estación que con un fusil o rifle debía dar muerte a uno de los caballos del coche y mientras tanto habría tiempo suficiente para dar muerte al general Guardia.

Al coronel Jiménez lo trajeron en seguida y aunque las heridas no eran esencialmente mortales, el pus se insolvió en la sangre y murió tres días más tarde⁹³. Al siguiente día fue capturado el asesino y confesó en su declaración que él se había comprometido con los revolucionarios a asesinar al general Guardia, pero que en la misma noche del sábado se le había ordenado dar muerte antes al coronel Jiménez, quien debía pasar por la mañana para su finca, “porque estorbaba”; pero nunca quiso confesar quién le había hablado para ejecutar esos asesinatos, lo que hace suponer que se le había pagado muy bien; así como que el general Quirós había avisado que el coronel Jiménez pasaría por la mañana para su hacienda, porque era el general el único que lo sabía. El haber dicho que “porque estorbaba” demuestra de una manera evidente que el general Quirós quería hacerlo desaparecer, pues que su existencia estaba amenazada mientras el coronel Jiménez fuese comandante del Palacio, según se lo había indicado ya el general Guardia.

En la información que se siguió para averiguar ese plan revolucionario que debía principiar por dos asesinatos, salieron complicados don Demetrio Tinoco, don Miguel Angel Velázquez⁹⁴ y otros; éste último fue confinado a Talamanca. Aunque este caballero se había establecido hacía mucho tiempo en el país, se había casado en él y había servido por muchos años empleado en puestos bastante lucrativos, hizo una reclamación ante el gobierno de México, su país natal. A mí me correspondió entenderme con el señor ministro de México que vino en esos días para arreglar la cuestión, pues como el señor Dr. Castro que era el ministro de Relaciones Exteriores estaba emparentado con el señor Velázquez, se me llamó para entender del asunto, en mi calidad de Ministro de la Guerra. El señor ministro de México, convencido con las razones que yo le di, así como seguro de la culpabilidad del señor Velázquez, comprobada en la información, desoyó el reclamo.

En noviembre de ese año 1881, el Dr. Castro fue nombrado Ministro Diplomático cerca del gobierno de Nicaragua. A mí se me nombró Secretario de esta legación. Cumplida la misión, que era de poca importancia, volvimos en diciembre.

En junio de ese mismo año (1881), estando ya enfermo, me rogó que tomara el Ministerio de la Guerra y el mando en jefe del ejército, porque aunque parece curioso lo cierto es que si a veces parecía celoso del superior prestigio que yo tenía en las

⁹³ El coronel don Raimundo Jiménez murió el 13 de mayo de 1881. RO.

⁹⁴ Se trata del ingeniero mexicano Angel Miguel Velázquez, quien junto con Manuel Dengo instaló la primera planta eléctrica que hubo en el país, en 1884. KWN-

clases elevadas del país, en cuanto se trataba de confiar al mando de las fuerzas durante sus ausencias o en las horas de peligro, mi hermano siempre pensaba en mí.

En posesión de mis dos puestos quedé en el gobierno con el señor don Salvador Lara, que como designado fue llamado a tomar la presidencia de la república. En sustitución de don Salvador Lara, vino don León Fernández a ocupar el Ministerio de Hacienda; Don José María Castro fue Ministro de Relaciones Exteriores; de Fomento y Gobernación don Manuel Argüello Mora. Pocos meses después el Licenciado Fernández tuvo un desacuerdo con el señor Lara. Renunció el Ministerio de Hacienda que me fue recargado.

En esa posición yo tenía un sueldo bastante subido; pero sólo me ocasionó esas pequeñas molestias del hombre que se siente solicitado por los préstamos de los amigos. De manera que para subvenir a los gastos de mi rango me era forzoso vender partidas de ganado de mi hacienda y aún así hube de pedir prestado a don José María Solera padre, la cantidad de mil quinientos pesos, que todavía a la llegada de mi hermano no había podido cancelar. Esto es siendo yo Comandante en Jefe del ejército, Ministro de la Guerra y Ministro de Hacienda, a mi salida del gobierno sólo tenía deudas, cuando otros hombres, después de su paso por el Ministerio de Hacienda, contaban su capital por cientos de miles; tal fue el caso, por ejemplo, de don Salvador Lara, que según todos los rumores públicos logró hacinar un caudal de trescientos mil pesos con las primas que recibía de Maduro⁹⁵ por las compras de material para el ferrocarril. El señor Maduro pasaba cuentas elevadísimas que eran pagadas sin objeción alguna, en las cuales participaba el señor Lara. Durante los seis meses que duró la ausencia de mi hermano, pagué a Mr. Keith para la conclusión del ferrocarril de Limón a Río Sucio la cantidad de 800.000 pesos y 300.000 para hacer la carretera de aquí a Río Sucio. Todo este dinero pertenecía a las cajas de la Nación, porque el empréstito se había agotado totalmente. A la llegada de mi hermano la existencia en caja ascendía a 200.000 pesos a pesar de todos estos gastos y de haber sido pagados los empleados con toda puntualidad.

Sabedores los amigos políticos de mi hermano que éste, a consecuencia de su grave enfermedad, no tardaría mucho tiempo en morir, comenzaron a tramar sus intrigas que desde el primer momento fueron preparando contra mí, en la creencia de que mi hermano dejaría en mi poder el mando, pues que yo era designado, se apresuraron a mal informarme y cuando el presidente llegaba, hasta Limón fueron a encontrarle los encargados de esa innoble tarea, amigos y parientes carnales y políticos de mi persona.

Como el fondo de sus calumnias se reducía a afirmar que yo me empeñaba en

⁹⁵ Moses Levy Maduro. Comerciante de origen judío. Miembro destacado de la masonería costarricense. KWN.

preparar una revolución con el fin de adueñarme del poder, el general Guardia, aunque no prestó crédito entero a aquellas calumnias, se sintió sin embargo influido un tanto, hasta el punto de tomar medidas preventivas, como la de asumir el mando en jefe del ejército el mismo día que llegó, por medio de un decreto expedido sin derecho alguno, porque él todavía no había reasumido la presidencia de la república.

El señor Lara en vista de este hecho que no se hallaba en concordancia con la buena amistad y la confianza que en él se había depositado, se sintió ofendido y emitió el decreto en que le devolvía el mando y se retiró a la vida privada. Por mi parte seguí desempeñando.

La separación del señor Lara convenció al presidente Guardia que cuanto de mí y de él se había dicho era calumnioso y continuó dispensándome su completa confianza.

Algunos días después mi hermano se trasladó a Alajuela, cuyo clima le era mucho más benigno para su enfermedad.

A poco se organizó un complot formado por la señora del presidente, su hija mayor, el marido de ésta, don José Chaves Castro, don Saturnino Lizano y el general don Próspero Fernández, con el fin de apartarme a mí del lado de mi hermano, porque temían que a la muerte de éste yo le sucediera en el poder. El general Fernández insinuó al señor Lizano que una vez descartado el último obstáculo, que era yo, este último caballero, entonces Primer Designado, se quedaría con el mando, apoyado por el general Fernández, que sería su General en Jefe. Pero mi hermano el general Guardia se negaba a dar crédito a estas calumnias y cada vez que iba a verlo me recibía con el mejor cariño y me dispensaba la mayor confianza. Los complotados contra mí, que vivían próximos a mi hermano, viendo cuán infructuosos eran todos sus trabajos, llamaron al general Fernández y le hicieron comprender que mientras él no asegurase al general Guardia que efectivamente yo preparaba un golpe de estado para adueñarme del poder, mi hermano no lo creería. El general Fernández, entonces, aseguró eso mismo a su cuñado el presidente Guardia, que ya no dudó de mi deslealtad. Mi hermano, poseído ya de la creencia de que yo le traicionaba, sobreexcitado me dirigió una carta concebida en términos duros, en la cual me pedía la renuncia de los dos ministerios que yo desempeñaba y me señalaba para lugar de mi confinamiento mi propia hacienda de San Jerónimo, en el Guanacaste.

Yo puede muy bien haber convencido de lo contrario a mi hermano, denunciando el plan de apartarme de su lado, para adueñarse del mando inmediatamente después de su muerte que consideraban próxima. Mas para esto tenía que decirle que estaba cercano su fin, lo cual le habría apresurado la muerte porque

él, por su parte, no lo creía así y preferí ser víctima de una calumnia infame y me fui a mi hacienda sin darle ninguna explicación.

Hallándome en mi confinamiento se había emitido un decreto que convocaba una asamblea constituyente, para lo cual las elecciones debían practicarse el de julio. En ellas debían elegirse los diputados y el presidente de la república.

Estando en mi confinamiento se hizo más grave la enfermedad de mi hermano, y tuvo necesidad de llamar al ejercicio del poder a su yerno don Saturnino Lizano, excluyéndome a mí porque me creía traidor. Viendo esto mi madre, y comprendiendo con su buen sentido la trama que se había urdido contra mí me escribía cartas y telegramas llamándome, porque estaba segura de que explicarnos mi hermano y yo, cesaría la desconfianza de ese. Pero el señor Lizano había dado orden a don Joaquín Sibaja, director de telégrafos y administrador de correos de Alajuela, para que no permitiese llegar cartas ni telegramas a mis manos, procedentes de mi madre y no fue sino cuando ya mi hermano, a consecuencia de un ataque, había perdido la conciencia, cuando consintieron en que se me llamara.

Me vine apresuradamente y al llegar a Alajuela y encontrar a mi hermano, comprendí que me habían llamado porque no tenía ya la razón despejada, aunque me conoció y recibió con muestras de cariño.

Al día siguiente tuvo un intervalo de completa lucidez y me preguntó quién era el presidente. Le respondí que don Saturnino Lizano, a quien él había llamado al poder y él replicó con tono airado “no puede ser”. Me volvió a preguntar: “¿y quién es el general en jefe?”. A eso contesté: “El general don Próspero Fernández, nuestro cuñado en quien vos delegaste el mando en jefe del ejército”. A esta última contestación se incorporó en la cama y con tono colérico, que revelaba la rabia y el despecho, porque comprendió que había sido vilmente engañado, me replicó: “Eso no puede ser”, y se volvió al otro lado de su lecho.

Al día siguiente amaneció más mal y por último el seis de julio expiró. El cuerpo fue embalsamado, traído a la catedral y expuesto dos días en la catedral, en donde fue sepultado con una pompa que hasta entonces no se había visto⁹⁶.

Hallándose el general Fernández en posesión del poder, por medio de un decreto declaró vigente la constitución del 71 y convocó a elecciones para formar el

⁹⁶ En su honor el maestro Rafael Chaves Torres compuso “El Duelo de la Patria”, marcha que aún hoy se emplea en los funerales de Estado. KWN.

Congreso Constitucional⁹⁷. En esas elecciones salí electo diputado por esta capital; el general don Próspero Fernández obtuvo la presidencia de la república, porque nadie habría osado presentarle obstáculo.

El día que se reunió el Congreso presidió la mesa directiva nombrada por el señor presidente Fernández; pero cuando se trató de reemplazar esa mesa provisional, desatendiendo la voluntad presidencial, declarada ya, el Congreso me nombró su presidente. Este acto de independencia por parte de la Cámara contrarió al señor Fernández, porque comprendía que mientras yo estuviese en la presidencia, él no podría manejar aquél alto cuerpo a su antojo. Para quitarme esa posición me llamó al Ministerio de Gobernación. Comprendí cual era su objeto, pero acepté porque estaba seguro de que si rehusaba, me habrían arrebatado la presidencia de una manera violenta. Ya desde el principio había sido nombrado Ministro de la Guerra mi hermano Miguel Guardia.

Don Bernardo Soto, primer designado, ministro de Hacienda y pretendiente de la hija de don Próspero Fernández, conjeturando que en esa posición no sería difícil para él arribar al poder, a la desaparición del general Fernández que habría de sobrevenir de cualquier modo, juzgaba que mi hermano y yo éramos un obstáculo y en consecuencia sugirió al general Fernández la idea de suprimir ambos ministerios, con el pretexto de que la exhaustez del Erario no permitía los gastos correspondientes, cosa que no era exacta. De esa manera quedó dueño de la situación, puesto que el general Fernández ponía en él toda su confianza.

Quedé, pues, cesante. Poco tiempo más tarde el general Fernández me nombró con el sueldo de mi grado, Inspector Militar de la provincia de Guanacaste. Acepté ese puesto, aun cuando era depresivo para mí después de haber desempeñado puestos superiores, obligado por mis difíciles condiciones pecuniarias; pues como ya lo he dicho antes, a la llegada de mi hermano yo sólo tenía unas cuantas deudas.

Hallábame con mi familia en mi hacienda de San Jerónimo, cuando llegó a Mojica, hacienda contigua a la mía, don Próspero Fernández, que iba un poco enfermo, llevando como médico al Dr. don Juan José Ulloa. Como no experimentara pronto alivio, yo le aconsejé que volviera al interior. La enfermedad, sin embargo no me parecía grave, porque consistía en una diarrea producida por los abusos del licor. Dos días después me dirigí yo también con mi familia al interior; más al llegar a Puntarenas encontramos al general Fernández, cuya enfermedad continuaba. Con este motivo resolví permanecer allí, para ayudarle, con mi señora, a su asistencia. Pero al día siguiente llegó la noticia de que el general Justo Rufino Barrios, dictador de Guatemala, había expedido un decreto asumiendo el mando en jefe del ejército de

⁹⁷ No era Fernández quien estaba en el poder, sino el mismo Guardia. Decreto de 26 de abril de 1882.RO.

Centro América y que estaba organizando un gran ejército para establecer la unión centroamericana por la fuerza. Con este motivo resolvió el general Fernández salir para el interior, tanto para organizar el ejército como, según supe después, para deshacerse de don Bernardo Soto, pues había sospechado que éste preparaba algo contra él. Yo lo acompañé hasta la estación del ferrocarril llevándolo del brazo. Al día siguiente mandé mi familia para el interior sin más compañía que la de mi hijo Víctor, que apenas contaba doce años, y yo partí para la frontera a organizar las fuerzas de la provincia de Guanacaste, porque así me lo había ordenado el presidente, señor Fernández, nombrándome general en jefe de la vanguardia. Este permaneció dos días en Esparta y de allí siguió en coche porque su estado de salud no le permitía proseguir el viaje a caballo. Cuando llegó a Atenas se encontró allí con su esposa, Cristina Guardia, mi hermana, que venía a encontrarlo. Esta lo halló en un estado que no le reveló una gravedad mortal. Pero por la noche tomó una medicina que le suministró su médico, que le acompañaba, don Juan José Ulloa. Media hora después se agravó de tal manera que en seguida no más murió⁹⁸.

Este acontecimiento hasta hoy se halla cubierto por un manto tenebroso. Y para muchas personas que le rodeaban fue aquello una sorpresa, porque no sospechaban un fin tan inesperado, y aunque después corrieron los comentarios desfavorables al primer designado, nadie logró averiguar nada de cierto.

Muerto el general Fernández, el primer designado don Bernardo Soto asumió la presidencia de la república. Yo llegué a Liberia y organicé un ejército y a medida que llegaban los batallones los iba organizando porque iban en el mayor desorden y los enviaba a Nicaragua, porque así se me había ordenado.

El día que hice marchar el último batallón, llegó la noticia de que había un recio combate en el lugar llamado Chalchuapa, entre las fuerzas de El Salvador y las del ejército invasor, en el cual murió el general Rufino Barrios.

Pero el jefe del ejército aliado de El Salvador, Nicaragua y Costa Rica, había dispuesto seguir hasta Guatemala a pedir una satisfacción por el atentado del general

⁹⁸ El doctor don Juan José Ulloa Giralt, por su cuna, por su educación, por sus sentimientos y por su amistad con el presidente Fernández, era incapaz de cualquier atentado contra éste. El doctor Ulloa no era amigo de gran confianza de don Bernardo Soto, y sí amigo íntimo de don Próspero Fernández. ¿Por qué iba a ser instrumento de Soto? Quienes conocieron al doctor Ulloa lo recuerdan como un perfecto caballero y un distinguidísimo profesional. Después de la muerte de don Próspero Fernández, continuó su íntima amistad con la familia Fernández. Doña Cristina, la viuda del presidente, continuó profesándole el mismo cariño tanto a él como a su esposa, y de vivir rechazaría enérgicamente esta vil calumnia contra el doctor Ulloa. RO.

De todos modos, si hubo envenenamiento, parecería hecho con arsénico, por los síntomas que menciona don Víctor, y en todo caso hubiera sido necesario que se le administrara poco a poco. Para verificar esto habría que analizar los restos de Fernández, que si mal no recuerdo de hallan en el Cementerio General. KWN.

Barrios. En consecuencia recibí orden de encaminarme a León a ponerme al frente de las fuerzas costarricenses que ya estaban reunidas allí porque dos batallones más habían llegado por agua. Marché con el estado mayor a San Juan del Sur, para tomar el vapor que venía de Panamá y dirigirme al puerto de Corinto y de allí seguir a la ciudad de León. Llegué en efecto al puerto de Corinto la víspera del día en que debía pasar el vapor; pero este arribó como ocho días después, por inconveniente para el cumplimiento del itinerario. En los momentos de embarcarme recibí orden de regresar a Costa Rica, porque el gobierno de El Salvador que era el que tenía un ejército más numeroso, había capitulado con el de Guatemala.

Al propio tiempo los batallones que estaban en Nicaragua recibieron orden de regresar en vapores contratados al efecto.

Mientras estuve en Liberia, el presidente de la república me mandaba a decir, por medio de dos de sus ministros, que yo sería la segunda persona que gobernaría, que sin mí no se tomaría ninguna resolución de trascendencia y que yo sería su ministro de la Guerra. Pero una vez desvanecido el peligro no cumplió nada de lo ofrecido y quedé como antes, en mi puesto de Inspector del ejército en la provincia de Guanacaste.

A mi regreso llegué a Puntarenas con mi reducido estado mayor, tomé el tren que iba a Esparta. Al llegar a la estación me encontré con una guardia de cincuenta hombres, dispuestos allí por orden de don Jesús Soto, que comandaba un batallón y que tenía órdenes de vigilarme mucho. Observé además que había una actitud hostil contra mí.

Cuando el Sr. Soto entró en el ministerio de Hacienda no tenía un centavo. En su escritura de matrimonio consta que aporta un capital de 200.000 pesos. Esto al cabo de tres años de ministerio.

El presidente Soto, apenas alcanzó el poder, se casó con la hija de don Próspero, para contar con los prestigios de éste.

Cuando el señor Soto terminó el período como primer designado, convocó a elecciones para la presidencia de la república.

No podía él esperar que su nombre fuese lanzado porque carecía de todo prestigio, como carecía de todo mérito. Fue entonces cuando se pronunció mi nombre para proclamar mi candidatura. La aversión de que en esos días fui objeto no tiene ejemplo. Mis amigos políticos eran confinados en Sarapiquí o en Talamanca. Un caballero Campuzano, que redactaba un periódico en el cual, a instancias de muchas

personas, apoyaba mi candidatura, fue puesto en prisión por espacio de un mes, con una barra de grillos e incomunicado hasta el momento en que salió para la isla de San Lucas. Sus papeles fueron registrados y arrojados a la calle con el fin de averiguar si entre ellos había alguno que pudiese comprometerme. No parecía sino que los partidarios de mi candidatura hubieran sido grandes criminales.

Además, uno de los ministros del señor Soto muy reservadamente me dijo: “Prudente sería que usted renunciase su candidatura porque el señor Soto tiene el poder y está decidido a conservarlo sin detenerse a meditar los medios. Me consta que se está siguiendo una información secreta con testigos ad hoc, que dejará probado que usted se halla empeñado en una conspiración; en consecuencia, será conducido a un calabozo, de donde saldrá usted para donde salió don Próspero Fernández”. Todo esto influyó grandemente en mi ánimo para lanzar al país, con el fin de hacer cesar las persecuciones de mis amigos, el siguiente manifiesto:

CARTA ABIERTA

Señor don J.B. Campuzano
Editor de “El Nacional”
P.

Muy estimado señor mío:

El hecho de haberse lanzado mi nombre en su estimable periódico “El Nacional” proclamándome candidato a la Presidencia de la República en el período próximo, produjo en mí un sentimiento natural de justa satisfacción, porque veía en ello un testimonio de mis conciudadanos que no daban por perdidos mis deseos probados de hacer el bien de la Patria y porque yo mismo he estado constantemente en espera de una ocasión en qué poner por el bien de la república mi actividad, mi fuerza y mi vida.

Ese sentimiento fue acrecentado y robustecido por las manifestaciones privadas que recibí posteriormente de mis amigos y de muchos de mis conciudadanos y esa adhesión desinteresada y patriótica es la que me induce a dar a usted y a ellos público testimonio de mi gratitud.

Pero dada la situación en que se ha colocado la lucha electoral, no debo, pues, aceptar la designación que en mí han hecho para aquel puesto algunos de mis conciudadanos.

Y el mismo sentimiento de patriotismo que me mueve ahora a no aceptar aquellos votos, me impulsa a protestar que recibiré con agrado al ciudadano que el pueblo designe para la Magistratura, esperando, como esperamos los hombres de buena voluntad, que en él vendrá encarnada la justicia y que los que en esta vez se han manifestado lealmente mis amigos,

recibirán de él, no la indiferencia con que se mira por lo regular a lo que parece oposiciones sino el aprecio y protección que siempre se da por las almas generosas a los que tienen el valor de ostentar su carácter y sus convicciones.

Yo no lucho, pues, cuando creo que de ello puede resultar alguna herida para la tranquilidad de la Patria, y es por eso por lo que en usted y demás amigos que me han favorecido, tengo tanto reconocimiento como si sus esfuerzos me hubieran conducido al triunfo.

Soy de Usted atto. servidor,

Víctor Guardia.

En virtud de la actitud hostil que asumió el Sr. Soto y de la presión que ejerció por medio del poder, no habiendo ya otro candidato, salió electo y tomó posesión del mando como presidente efectivo o en propiedad el día que terminaba el período del señor Fernández.

CAPITULO SETIMO

El presidente Soto, a pesar de que supo rodearse de muy buenas personas y de que halló un pueblo amedrentado y adormecido a consecuencia de la larga dictadura que rigió al país, no pudo gobernar sin cometer arbitrariedades y concusiones, que le fueron consentidas por sus ministros.

Fueron estos varios, pues el señor Soto para contentar a todas las personas capaces de juzgar sus actos, ya con la palabra oral, ya por la prensa, las llamaba a alternar en los ministerios o los enviaba con comisiones a Centro América pagadas con buenas retribuciones.

Cometió el señor Soto durante su administración muchas arbitrariedades, pues además de las cometidas contra mis amigos políticos los que habían lanzado mi candidatura, destituyó y confinó a la municipalidad de Cartago. La razón que se adujo para paliar ese atentado fue la siguiente: El gobierno ordenó a la municipalidad de Cartago que depositara sus fondos en el Banco de la Unión, los munícipes objetaron que ellos creían que estaban mejor administrados en manos de la Municipalidad. Eso fue bastante para que se llevara a cabo el atentado.

Al colombiano don Ovidio Marichal que redactó “Las Brujas”, porque publicó un artículo con ficciones mitológicas en que el señor Soto creyó ver una alusión

arreglarse secretamente con los que le reemplazarían como lo hizo, entregándoles el poder cuando todavía le faltaban seis meses para concluir su período. Este hecho se verificó del modo siguiente:

El 7 de noviembre de 1889 hubo una especie de sublevación en el Cuartel de Policía, compuesta por unos cincuenta policiales. Salieron armados por las calles viviendo al señor Esquivel. Luego regresaron al cuartel respectivo. El señor Soto, como yo estaba de alta en mi calidad de Inspector Militar de la provincia del Guanacaste, me mandó llamar para darme la comisión de someter al cuartel sublevado.

Para esto no me dio ni un solo acompañante. Inmediatamente me dirigí a él, me presenté a los sublevados y ordené que se formaran todos los policiales, que eran más de cien, con sus armas. Una vez formados, les dirigí la palabra improbandos su conducta y mandé dar un paso al frente a los que habían salido a la calle, orden que obedecieron sin replicar. En seguida les mandé arrimar las armas a los armeros y escoltados por otros diez individuos los envié a la cárcel.

Esto fue como a las seis y media de la tarde. Cuando llegué al Palacio Presidencial a dar cuenta de mi cometido, había llegado allí la noticia de que la ciudad estaba rodeada por más de ocho mil hombres, casi todos del pueblo y muy pobremente armados, que venían decididos a tomar los cuarteles, porque se les había hecho creer que no se le entregaría el poder al señor Rodríguez.

El señor presidente Soto, el ministro don Mauro Fernández y otras personas que hallé reunidas en el Palacio, estaban alarmadas por la actitud que había tomado el pueblo. Propuse al señor Soto, al ver lo impresionados que todos estaban, que me diera cincuenta soldados y le respondía que dentro de dos horas no había ningún sitiador en los alrededores de la ciudad. El me contestó que no quería que se derramara sangre. Entonces el ministro Fernández le dijo: señor presidente, esta posición es insostenible; o usted le da la tropa que pide el general para que haga respetar la autoridad del gobierno o entrega el poder a alguno de los designados.

A eso contestó el señor Soto: prefiero entregar el poder.

A esa respuesta el ministro Fernández mandó llamar al Dr. Durán, que era uno de los designados y además partidario de Rodríguez. Al presentarse el Dr. ya tenía firmado el decreto que le transmitía el poder, del cual se hizo cargo en el acto.

El Dr. Durán en el acto que lo recibió, aunque yo era partidario de Esquivel, teniendo plena confianza en mi lealtad, me nombró verbalmente Comandante de

Plaza.

Aunque este nombramiento no se había comunicado a los cuarteles, yo me presenté a ellos investido de ese carácter y todos me reconocieron. Solamente al entrar en la Artillería, me hicieron una descarga de cinco tiros del fortín del mismo cuartel que estaba defendido por un oficial rodriguista. En el acto mandé un oficial a relevarlo y cuando lo requerí por aquel atentado, se disculpó diciendo que como vio entrar una persona extraña al cuartel, creyó que se trataba de tomarlo. Aunque comprendí que era una disculpa inventada me conformé con mandarlo al arresto⁹⁹. Como a las doce de la noche mi cuñado Teodorico Quirós, que era rodriguista, se dirigió solo al Palacio Presidencial porque le habían dicho que yo estaba preso. Al poner el pie en la acera del Palacio recibió un balazo venido de allí. Toda la noche duró el tiroteo de los cuarteles a pesar de que los sitiadores no se habían atrevido a acercarse¹⁰⁰, y aunque yo los visitaba a cada momento y les ordenaba que no dispararan sino en el caso de que alguien viniera a asaltarlos, apenas salía yo disparaban sobre cualquier persona que pasase por la calle.

Al saber que yo era el Comandante de Plaza, los esquivelistas mandaron a proponerme que me proclamara presidente, que no sólo ellos me apoyarían sino también los cuarteles de las provincias que estaban en manos de los partidarios de Esquivel.

Rechacé la oferta, como ya había rechazado otras en circunstancias semejantes, por no manchar mi reputación de militar honrado con una sola traición.

Al amanecer del 8 de noviembre todo estaba tranquilo y había desaparecido la mayor parte de la gente que sitiaba la ciudad. Pero grupos de rodriguistas ultrajaban a los esquivelistas, a quienes llevaban a las cárceles improvisadas y custodiadas por ellos. El nuevo gobierno toleró estos abusos.

⁹⁹ Fuera real o no la disculpa del oficial, desde el punto de vista militar actuó correctamente. Si el nombramiento de Guardia había sido verbal y no había sido comunicado a los cuarteles, la obligación de sus comandantes era repelerlo o arrestarlo, y jamás aceptarlo como su comandante. De este modo, lo irregular fue el comportamiento de los comandantes de los demás cuarteles, que sin tener notificación alguna del Poder Ejecutivo, dejaron entrar y asumir el mando a alguien que, aunque muy conocido, no contaba con las credenciales adecuadas para ser reconocido como Comandante de Plaza. KWN.

¹⁰⁰ Si lo hubieran hecho hubiera sido una auténtica carnicería, porque aunque fueran tantos, el ejército estaba muy bien equipado y dirigido, por lo que los sitiadores, que no se hallaban organizados militarmente, hubieran ido a una muerte segura. Con todo, lo peor pudo ser que si a causa de esto se hubiera producido un levantamiento general, como el que tumbó a Morazán, en esta ocasión el derramamiento de sangre hubiera sido terrible, y pudo haber tenido consecuencias catastróficas y de larga duración para la institucionalidad del país. KWN.

Yo continué en la comandancia de plaza, aunque me veían de reojo los nuevos oficiales rodriguistas que entraron al servicio, porque así me lo habían suplicado mis amigos y copartidarios con el fin de disfrutar de algunas garantías. Algunos días después, cuando había pasado la efervescencia y todo estaba tranquilo, renuncié y me retiré a la vida privada.

El Dr. Durán nombró ministros suyos a don Alejandro Alvarado, de Gobernación; de Hacienda a don Ricardo Jiménez; de Guerra fue Ronulfo Soto, hermano del presidente, que lo desempeñó en calidad de Subsecretario.

Durante el tiempo que estuvo el Dr. Durán en el poder no hubo ningún acontecimiento, pues él no ejecutaba nada sin consultar con el señor Rodríguez, el presidente electo.

El día 8 de mayo de 1890 asumió el señor Rodríguez la presidencia de la República.

CAPITULO OCTAVO

A pesar de que este presidente vino a su alta dignidad llevado por una abrumadora mayoría de la nación, al poco tiempo había perdido una buena porción de sus amigos. La causa estaba como es de suponerse, en que no pudo el señor Rodríguez dar buenos empleos a los caudillos que habían trabajado por su candidatura.

El señor Rodríguez no colocaba en ciertos empleos sino a personas idóneas, dejando de ese modo burladas muchas ambiciones bastardas.

El licenciado Félix A. Montero, que había sido uno de sus partidarios más decididos, se convirtió al día siguiente en su más encarnizado enemigo, porque no había obtenido el primer ministerio, ni una designatura, y formó un partido de oposición rabiosa, con todos los descontentos del nuevo gobierno. Esta administración fue muy honrada y bastante progresista, aunque ha sido discutida y atacada exageradamente por sus amigos decepcionados. Pues a mi ver no tuvo más defecto que falta de política, desde luego que era un jurisconsulto que quería gobernar con un sistema enteramente jurídico, prescindiendo de la política. Fue tan liberal que en las elecciones para diputados favoreció a sus enemigos políticos para formar un congreso de hombres competentes, como en efecto lo formó.

Pero este congreso, desconociendo que a su iniciativa debía su existencia, a

pesar de que sus miembros le eran desafectos, no se ocuparon en nada que fuese benéfico para el país y se concretaron a hacer política, haciendo una oposición sistemática a cualquier proyecto que el ejecutivo sometía a su consideración, por beneficioso que fuese.

El general don Buenaventura Carazo presentó al Congreso una acusación contra el presidente por un destierro que, según él, le había infligido injustamente el señor presidente Rodríguez.

El Congreso entonces se dirigió al señor presidente en demanda de informes que le permitiesen juzgar si debía aceptar o rechazar la acusación. El señor Rodríguez respondió que los comprobantes que tenía para legitimar el destierro del señor Carazo constaban en una información que había seguido al efecto. A esta contestación el Congreso pidió la información, la cual fue negada por el señor Rodríguez, manifestando que era secreta y no podía hacerse pública, pues había en ella declaraciones de personas que sólo las habían dado a condición de que se las mantendría en reserva. Pero que si el Congreso deseaba imponerse de ella, podría mandar a su despacho una comisión compuesta de individuos de su seno, para que la viera y diera el informe correspondiente al Congreso. Este mandó la comisión y el señor Rodríguez les mostró solamente la parte que comprobaba la culpabilidad del señor Carazo. La comisión se retiró satisfecha e informó al Congreso sobre lo que había visto. Este, sin embargo, no se dio por satisfecho. Después vino oficiosamente otra comisión de tres diputados a suplicarle que mandara la información al Congreso. Pero el señor Rodríguez se negó nuevamente y se limitó a mostrarle los mismos documentos que había conocido la primera comisión. Se acercó luego el Dr. Zambrana, que aunque no era diputado, llevaba encargo de muchos de ellos para persuadir al señor Rodríguez. El señor presidente no sólo se negó a esta última insinuación, sino que molesto con esa insistencia, que a su juicio envolvía una invectiva del Congreso, le dijo al señor Zambrana: “El Congreso se ha colocado en una posición difícil, no le queda más disyuntiva que arrojarle sobre mí o quedar en ridículo. Para lo primero estoy prevenido”.

El Congreso, en vista de esa resolución, optó por lo segundo y consignaron una acta en que decían que “vista la actitud del Gobierno, no era decoroso para el Congreso seguir en sus funciones y que por lo tanto se declaraba disuelto este Cuerpo”. Todo esto a más de ser público me lo ha ratificado el mismo señor Rodríguez.

Esta acta es una comprobación de la debilidad de los miembros de aquella alta corporación que al declararse disuelta, renunciaron a todos sus derechos y dejaron al país sin su Representación Nacional.

Después de eso el señor Rodríguez lanzó al país el siguiente manifiesto.

El señor Rodríguez continuó gobernando y prescindió en absoluto del Congreso, desde que sus miembros abandonaron sus puestos.

Durante la administración del señor Rodríguez se dio un gran impulso a los trabajos del Teatro Nacional y se terminó el Colegio Superior de Señoritas; se inauguró el ferrocarril al Atlántico y se dio principio a los trabajos de saneamiento de Limón.

Para hacer frente a los trabajos del Teatro Nacional los comerciantes voluntariamente ofrecieron ₡ 0.75 por cada quintal de café que exportaran (?)

De la enseñanza primaria se había desterrado la religión; el señor Rodríguez la restableció en las escuelas públicas, para que la recibieran quienes la solicitaran.

Como la escasez de maestros se hacía sentir, el señor Rodríguez mandó traer una remesa de maestros españoles que fueron aquí directores y preceptores por espacio de muy poco tiempo.

Deseoso el señor Rodríguez de que la agricultura del país se extendiera lo más posible, procuró que brazos extranjeros contribuyesen a ello y trató de establecer algunas colonias. Una, compuesta de españoles, no dio los resultados que esperaban, porque no habían sido bien elegidos y una vez que estuvieron aquí prefirieron acaparar el comercio al menudeo.

Al general cubano Antonio Maceo se hizo una concesión de terrenos en Nicoya y el general estableció allí una colonia destinada al cultivo del tabaco y de la caña de azúcar.

Por el año de 1894, en enero, se practicaron las elecciones a la presidencia de la república. Cuatro bandos se disputaban el triunfo: el partido monterista, que proclababa a don Félix Arcadio Montero; el partido jimenista, que proclamaba a don Manuel de Jesús Jiménez, el partido Civilista, cuyo candidato era entonces el ministro de Guerra y yerno del presidente, don Rafael Yglesias, y el partido Unión Católica, que proclamaba a don Gregorio Trejos. Era este último partido el más poderoso de todos. Por su parte, el señor Yglesias, que contaba con el apoyo moral del gobierno de que formaba parte, se ingenió la manera de nulificar la abrumadora mayoría de la Unión Católica, por medio de una ley de elecciones que establecía el voto proporcional que favorecía a las minorías con los residuos de las mayorías.

Muchos electores jimenistas no tuvieron escrúpulo de votar por el señor Yglesias antes que ascendiese al poder ese partido católico y de ese modo el señor Yglesias alcanzó la victoria definitiva.

Al practicarse esas elecciones yo me hallaba en la provincia de Guanacaste, de donde en abril de 1893 el señor Rodríguez me había nombrado Gobernador y Comandante.

Al asumir el mando el señor Yglesias confirmó mi nombramiento y continué desempeñando ese puesto durante toda su administración.
